ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

LA MINISTRA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CONSTANTINO GIL

ESTRENADO EN EL TEATRO LARA EL 24 DE DICIEMBRE DE 1892.



MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA
1893

LA MINISTRA

LA MINISTRA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CONSTANTINO GIL

ESTRENADO EN EL TEATRO LARA EL 24 DE DICIEMBRE DE 1892.



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado.
1892

PERSONAJES	ACTORES
Juana.................	SRAS. VALVERDE.
Una Señora...........	» PINO (ROSARIO).
Ramona..............	» MAVILLARD.
La Portera...........	» LARXÉ.
Pepa................	SRTA. BLANCO.
Celedonio............	SRES. ROSSELL.
Don Paco............ / **Rufino**...............	» RUIZ DE ARANA.
Tiburcio.............	» LARRA.
Don Anselmo.........	» GONZALVEZ.
Sebastián............	» MENDIGUCHÍA.
El Portero...........	» FUENTES.
Un Niño..............	» FUENTES (HIJO).

La acción en Madrid. Derecha é izquierda la del actor.

ACTO PRIMERO

Sala modestamente amueblada. Puerta al foro y laterales. Derecha primer término, balcón. Proscenio izquierda, silla y sofá. Proscenio derecha, butaca y silla. Es de día.

ESCENA PRIMERA

JUANA, RAMONA.—JUANA *sentada en el sofá y cosiendo una bocamanga de un chaquet.* RAMONA *por el foro.*

RAMONA. Señorita... señorita...
JUANA. ¿Qué?
RAMONA. Ahí está la portera.
JUANA. ¿Qué quiere?
RAMONA. Creo que trae el recibo. (*Vase foro.*)
JUANA. ¡Tiburcio!... ¡Tiburcio!...

ESCENA II

JUANA *y* TIBURCIO, *que sale primera izquierda con el chaleco puesto, en la mano derecha una varita y en la izquierda unos pantalones.*

TIBURC. ¿Qué?
JUANA. La portera con el recibo.
TIBURC. ¡Ahora mismo la retorcía el pescuezo!
JUANA. ¡Y yo la mechaba con estas tijeras!

ESCENA III

DICHOS *y la* PORTERA.

PORT. (*Por el foro con un papel en la mano.*) ¿Se puede?

LOS DOS. (*Transición. Muy amables.*) Adelante, Rafaelita, adelante.

JUANA. Ya estaba éste de mal humor porque no subía usted.

TIBURC. Sí; esta misma mañana, contando dinero, decía yo: «esto para la plazuela, esto para mi mujer... (*Levantando la vara*) y esto para la portera.» (*Sacudiendo los pantalones.*)

PORT. ¡Los pantalones!

JUANA. No, señora; la cantidad que apartaba éste para el casero.

TIBURC. ¡Oh! Sí; para mí el casero... el casero... (¡es un ladrón!). (*Deja la vara y los pantalones en una silla.*)

JUANA. Diga usted, ¿qué clase de señora es la que se ha mudado ayer al cuarto de al lado?

PORT. ¡Pues, miren ustés, aquí, en confianza... pero que no salga de ustés!...

LOS DOS. No... ¿qué ha de salir?

PORT. Pues, según me ha dicho la criada, ella es de lío.

JUANA. ¿La criada?

PORT. No, la señora.

LOS DOS. ¡Ah! (*Tiburcio se pone el chaquet.*)

JUANA. ¿Y quién es el que la lía, es decir, el pagano?

PORT. (*Siempre con misterio.*) ¡Pues, según me ha dicho la criada... pero que no salga de ustés!...

JUANA. ¡No, no tenga usted cuidado!

TIBURC. De nosotros no sale nada.

PORT. Pues bien; él... es un ministro.

TIBURC. (*Con entusiasmo.*) ¡Hombre!... ¡Qué honra para la casa!

JUANA. ¿Y cómo se llama ella?

PORT. Doña Juanita, como usted.

JUANA. (*Muy contenta.*) ¡Ay! ¡Vamos á ser tocayas!

TIBURC. No, no vais, sino que lo sois desde que *nacistiis.*
JUANA. Dirás desde que nos bautizaron.
TIBURC. Bien; desde que os *bauticistiis.*
JUANA. Y él ¿cómo se llama?
PORT. ¿El?... No sé más sino que es un ministro.
TIBURC. ¡Dios nos lo conserve!
PORT. Conque... ¿dejo el recibo?
TIBURC. Sí; déjelo usted, y mañana ó pasado...
JUANA. O al otro...
TIBURC. O al otro...
JUANA. Sin que usted se moleste, Rafaelita...
TIBURC. Porque ahora... ahora no tengo más que billetes gordos, Rafaelita.
PORT. Entonces... subiré mañana. (*En el foro.*)
JUANA. Cuando usted quiera, Rafaelita.
TIBURC. (*Acompañándola.*) (¡Maldita sea tu estampa!...) Rafaelita... (*Vase la Portera por el foro con el recibo.*)

ESCENA IV

JUANA *y* TIBURCIO.

TIBURC. ¡Asómate al balcón inmediatamente!
JUANA. Te penetro, Tiburcio. Lo que quieres es que me haga amiga de la ministra.
TIBURC. É intimar con ella como vecinos.
JUANA. ¡Intimaremos!
TIBURC. Y como á ella no le podrá negar nada el ministro...
JUANA. (*Acercándose al balcón.*) ¡Na... turalmente! Oye. Y si sale al balcón, ¿qué la digo? (*Vuelve al proscenio.*)
TIBURC. Lo que se te ocurra. Mira, lo primero un saludo.
JUANA. «Muy buenos días, ¿cómo está usted? ¿Y el señor ministro?»
TIBURC. (*Enfadado.*) No, mujer, no; no hay confianza todavía para eso.
JUANA. ¿Pues no me has dicho que la salude enseguida?

TIBURC. Sí; pero el primer saludo, cuando no hay amistad, debe ser solo con la cabeza.

JUANA. ¡Ah! Sí; tienes razón. Así... ¿te parece? (*Saluda con la cabeza varias veces.*)

TIBURC. ¡E... eso es! ¿Como los caballos de los coches de la Casa Real cuando llevan aquellos penachos? (*Agita varias veces la cabeza.*)

JUANA. (*Idem exageradamente.*) ¿Así ¿así?

TIBURC. (*Sujetándole la cabeza.*) ¡Soo!... No tanto, que va á creer que te burlas de ella.

JUANA. Bueno, y luego ¿qué la digo?

TIBURC. Una de esas frases comunes.

JUANA. ¿Cómo comunes?

TIBURC. Como, por ejemplo: «¿Ha visto usted qué calor? ¿Ha visto usted qué frío?»

JUANA. ¿Las dos cosas?

TIBURC. No; una de ellas, según haga calor ó frío.

JUANA. ¿Y luego?

TIBURC. Luego... como nosotros tenemos pájaros en el balcón, le puedes preguntar: «¿La gustan á usted los animales?»

JUANA. ¡Muy buena idea! (*Alegremente.*)

TIBURC. (*Muy satisfecho.*) Y de ahí al ministro...

JUANA. (*Idem.*) No hay más que un paso. (*Se acerca al balcón.*)

TIBURC. (*Cogiendo el sombrero, que estará sobre una silla.*) Espera. Como no hay oficina por el desestero, me voy á casa del doctor Martínez á ver si viene ese *huéspede* que nos ha prometido su primo.

JUANA. Pero ¿nos pagará?

TIBURC. Sí; creo que es senador.

JUANA. Eso no es una garantía. (*Se oye tocar dentro la Marsellesa en un acordeón.*)

TIBURC. Me parece que debíamos decirle á don Rufino que no tocase la Marsellesa.

JUANA. Tienes razón. (*Gritando.*) ¡Don Rufino!...

TIBURC. (*Idem.*) ¡Don Rufino!...

ESCENA V

DICHOS *y* DON RUFINO *por la segunda derecha, con un acordeón, viene cantando y tocando. Lleva un gorro encarnado con borla. Bigote corto y perilla larguísima.*

RUFINO. «Allons, enfants de la patrie»...
JUANA. Hágame usted el favor de no continuar.
RUFINO. (*Cesando de tocar.*) ¿Hay algún enfermo?
TIBURC. No; sino que vamos á recibir otro *huéspede.*
JUANA. ¡Un senador! (*Con importancia.*)
TIBURC. Si á usted le fuera igual tocar otra cosita...
RUFINO. Completamente. De todas maneras, nosotros, tarde ó temprano, les hemos de apretar el pescuezo á todos los ricos... ¡Riiis!
JUANA. ¡Hombre... por Dios... cállese usted!
TIBURC. Y hágalo cuando llegue el caso, pero no lo diga.
RUFINO. (*Dándole la mano.*) Choque usted, don Tiburcio. Ya sé que usted, en el fondo, es revolucionario como yo.
TIBURC. Sí; pero muy en el fondo, para que no se enteren en la oficina.
RUFINO. ¿Cuándo llega ese senador?
JUANA. Debe venir esta tarde.
RUFINO. ¿Entonces puedo seguir un poquito con la Marsellesa? (*Golpe de acordeón.*)
TIBURC. Como usted guste.
RUFINO. «Allons, enfants de la patrie...»
(*Vase segunda derecha cantando y tocando.*)

ESCENA VI

JUANA *y* TIBURCIO.

JUANA. Pero ¡qué bárbaro es ese hombre!
TIBURC Anda, anda al balcón á ver si pescamos un ascensito.

JUANA. ¡Que lo pescaremos!

TIBURC. *«Alon, anfans de la puatrin...»* (*Vase por el foro cantando.*)

ESCENA VII

JUANA, RAMONA.

JUANA. (*Muy contenta.*) No sé por qué, se me figura que de esta hecha voy á ser madre de la *puatrin* ó ambulanta de correos. ¡Ramona!... ¡Ramona! (*Gritando.*)

RAMONA. (*Por el foro.*) Mande usté, señorita.

JUANA. Tráete la manteleta. (*Vase Ramona foro.*) Pero ¡cuántos lios hay en este Madrid!

RAMONA. (*Por el foro con la manteleta.*) ¿Traigo también la mantilla?

JUANA. (*Poniéndose la manteleta.*) No; si es nada más que para asomarme al balcón..

RAMONA. ¡Ah! (*Ayudándola. Juana entra en el balcon primera derecha.*) ¡Lío! ¿Se va el marido, ella se compone y al balcón?... ¡Lío! (*Campanilla.*) Voy á ver quién es. (*Vase foro.*)

ESCENA VIII

RAMONA *y* CELEDONIO *por el foro.* CELEDONIO *de levita, muy anticuado, pero limpio. Sombrero de copa en la mano. Muy contento.*

RAMONA. (*Muy alegre.*) Pero, don Celedonio, ¿usté por Madrid?

CELED. Ayer... ayer me descolgué por primera vez en mi vida...

RAMONA. ¿Solo?

CELED. No; con Martínez el veterinario y el señor cura.

RAMONA. Pero ¿no había usté estado nunca?

CELED. No; yo no quería venir, pero me dijo el señor

cura: «Anda, hombre, no seas borrico. Con el veterinario vamos perfectamente.»

RAMONA. ¿Y mi madre?

CELED. Pues tan gorda y tan bestia como de costumbre.

RAMONA. Vaya, me alegro. ¿Y sigue usté viudo?

CELED. No, me casé hace dos años, de *terceras*, con una chica de Salamanca.

RAMONA. Y... ¿qué tal?

CELED. ¡Ah! ¡Una chica muy honrada! Pero vinieron esos que manda el gobierno á destruir la langosta, ¿sabes?

RAMONA. Sí, señor.

CELED. Y se fueron con ellos tres ó cuatro chicas del pueblo... Entre ellas mi mujer, el ama del señor cura... y... pero, eso sí, langosta dejaron la misma.

RAMONA. (*Que le oye asombrada.*) Vaya, me alegro... digo, lo siento mucho.

CELED. (*Frotándose las manos alegremente.*) Pero ¿quién me había de decir que te había de encontrar sirviendo en esta casa?

RAMONA. ¿Aviso á la señora?

CELED. Sí; díle á doña Juanita que hay aquí un caballero.

RAMONA. Está en el balcón. (*Sonriendo maliciosamente.*)

CELED (*Idem.*) ¿Esperando al ministro?

RAMONA. ¿A qué ministro?

CELED. Vamos, no te hagas la desentendida. Si ya sé el teje maneje que trae tu señora.

RAMONA. Pero si yo estoy aquí desde ayer.

CELED. ¡Ah! ¿No sabes nada?

RAMONA. No. (*Misteriosamente.*) Aunque para mí hay lío.

CELED. (*Idem.*) ¡Y gordo! (*Se sube los pantalones, ejercicio que repetirá con frecuencia.*)

RAMONA. Pero usté la conocerá... Cuando viene á verla...

CELED. No; vengo con esta tarjeta, á solicitar su influencia, para que la interponga con su primo el ministro. (*Guarda la tarjeta.*)

RAMONA. (*Asombrada.*) ¿De manera que ella es prima de un ministro?

CELED. Carnal, ¡lo que se llama carnal!

RAMONA. ¡Anda, anda!

CELED. Y á ver si por este medio nos pagan á los pobres maestros de escuela lo que nos deben; aunque haya que darle á ella alguna cosita. (*Se sube los pantalones.*)

RAMONA. ¿Se le caen á usté los pantalones?

CELED. Sí; me he venido sin tirantes... y... (*Se los sube.*)

RAMONA. ¿Quiere usted que le ponga un alfilerito?

CELED. Sí; si haces el favor... (*Levantándose por detrás los faldones de la levita; Ramona le pone el alfiler.*) Por ahí... por ahí... más á la derecha... por ahí...

RAMONA. (*Poniendo el alfiler.*) ¿Y por dónde ha sabido usté todo eso?

CELED. Pues por ahí... digo... por Martínez. No profundices tanto... Así... así... ¡Ay! (*Grito agudo.*)

RAMONA. (*Mirando al balcón.*) Me parece que sale.

CELED. Entonces, déjame solo con ella. (*Vase Ramona foro.*)

ESCENA IX

CELEDONIO *y* RUFINO.

RUFINO. (*Tarareando, con el gorro puesto, por la segunda derecha.*) Lará... lará... lará...

CELED. (*Volviéndose.*) ¡Ah! (¿Será el ministro? No; por la ropa no lo parece.)

RUFINO. (*Quitándose el gorro.*) (Éste es el senador.) Felices caballero. (*Saludando.*)

CELED. (*Idem.*) Felices. ¿Es usted de la familia?

RUFINO. (*Con entonación dramática.*) No, señor. Yo no tengo más familia que la humanidad... en toda su extensión. (*Se acaricia la perilla, lo cual hará con frecuencia.*)

CELED. ¡Caramba! ¡Pues es dilatadita!

RUFINO. (*Rápidamente.*) Una pregunta. ¿Se va usted á quedar desde ahora en esta sala? (*Le da un golpe en el hombro, lo cual hace con frecuencia.*)

CELED. Yo... no, señor.

RUFINO. Lo decía porque yo siempre he tenido salida por aquí. ¡Conste!

CELED. Lo celebro mucho.

RUFINO. Y no consentiría que me la tapasen.

CELED. (*Siempre muy amable.*) No; pues yo no se la tapo á usted.

RUFINO. Creo tener derecho, porque yo estoy aquí de huésped desde que me dejó cesante la Restauración.

CELED. (¡Ah! Tiene huéspedes para disimular.)

RUFINO. Otra pregunta. ¿Usted es de la mayoría?

CELED. Sí, señor; de la mayoría... (de los que no cobran).

RUFINO. (*Rápidamente.*) Otra pregunta. ¿A usted le gusta correrla.

CELED. ¿Cómo correrla?

RUFINO. Vamos, las juerguecitas con los amigos y las mujercitas.

CELED. (*Animándose.*) ¡Ah! Sí; las mujercitas siempre me han gustado, y me gustan.

RUFINO. Choque usted. (*Le estrecha la mano.*)

CELED. (Parece muy amable.)

RUFINO. (*Arrimándose.*) Mire usted, yo, por las mañanas, después de almorzar, ya se sabe... ¡á Pombo! Y por las noches después de comer, ¡á Pombo también!

CELED. Debe usted ser muy amigo de Pombo.

RUFINO. ¡Mucho! Así es que á última hora después del teatro...

CELED. ¿A Pombo también?

RUFINO. (*Sonriendo con malicia.*) Pero con ninfas.

CELED. ¿Cómo ninfas?

RUFINO. Coristillas de Eslava ó bailarinas de la Infantil. ¿Qué le parece á usted?

CELED. ¿A mí? (*Con decisión.*) ¿Cuándo me presenta usted á Pombo?

RUFINO. Pero ¿usted no conoce el café de Pombo?

CELED. Sí; lo he oído nombrar, pero no lo trato.

RUFINO. Pues entonces esta noche después de comer... (*Con entusiasmo.*)

CELED. (*Entusiasmado.*) ¡A Pombo! (*Subiéndose los pantalones.*)

RUFINO. Y luego, á última hora á cenar...
LOS DOS. (*Estrechándose las manos.*) ¡A Pombo! (*Vase Rufino segunda derecha tarareando la Marsellesa.*) Lará... lará... lará...

ESCENA X

CELEDONIO.

Pues, señor, es muy fino y muy campechano. Lo que me choca es que el ministro consienta aquí de huésped á un joven tan aficionado á Pombo, digo, al bello sexo.

ESCENA XI

DICHO, JUANA, *después* RAMONA.

JUANA. (*Saliendo del balcón.*) ¡Ay! (*Al verle.*)
CELED. (¡Ella!) (*Saludando respetuosamente.*) Para servir á usted, doña Juanita.
JUANA. (¿Quién será este señor?)
CELED. (*Sacando la tarjeta.*) Vengo de parte del primo de Martínez...
JUANA. (*Muy alegre.*) ¡Ah! Ya... ya sé. (Este es el senador. Ya se le conoce.)
CELED. Aquí está la tarjetita que me han dado...
JUANA. No; no hace falta.
CELED. (*Guarda la tarjeta.*) (Pero ¡qué mal gusto tiene el ministro!)
JUANA. Con permiso de usted, caballero. (*Llamando al foro.*) ¡Ramona!...
CELED. Si está usted ocupada, volveré. (*Se acerca al sofá.*)
JUANA. No; siéntese usted. (*A Ramona, que sale por el foro.*) Oye... anda al balcón, y si se asoma la vecina de al lado, me avisas corriendo.
RAMONA. Bueno. (*Entra en el balcón.*)
CELED. (Lo espera. Llego en la mejor ocasión.)
JUANA. Pero siéntese usted, caballero, siéntese usted.

(*Se sientan los dos muy juntos en el sofá que hay á la izquierda en el proscenio.*)

CELED. (De cerca es más fea todavía.)

JUANA. ¿Su gracia de usted, caballero? Para no llamarle siempre caballero.

CELED. Celedonio Bolilla, para servir á usted.

JUANA. ¡Ah! Sí; Bolilla... Bolilla... (Le adularemos.) ¡Pues poco que nos ha hablado de usted el primo de Martínez!

CELED. (*Asombrado.*) ¿Sí, eh?

JUANA. Y la prensa. ¡Ahí es nada lo que rueda el nombre de Bolilla por los periódicos!

CELED. (Pues no sabía nada.)

JUANA. Su último discurso, sobre todo...

CELED. ¿Mi último discurso?

JUANA. ¿Sobre qué trataba?

CELED. No recuerdo. ¡Ah! Sí. Sobre lo ordinario y perjudicial que es en la infancia el meterse los dedos en las narices.

JUANA. ¡Ese! Ese es el que creo que ha publicado toda la prensa.

CELED. Pues, mire usted, yo no lo he visto.

JUANA. Ni yo tampoco; pero es lo mismo.

CELED. Naturalmente.

JUANA. Los grandes hombres no se fijan ustedes en esas pequeñeces.

CELED. ¡Ay, señora! Permítame usted que la diga que tiene usted mucho talento.

JUANA. Y usted más.

CELED. No; usted más.

JUANA. No; más usted.

CELED. Bien; los dos más.

ESCENA XII

DICHOS *y* RAMONA, *saliendo del balcón precipitadamente.*

RAMONA. Señorita... señorita...

JUANA. ¿Qué? (*Se levantan los dos.*)

CELED. (Ahora sube el ministro.) (*Saca un par de guan-*

tes blancos de algodón y se los pone precipitadamente.)

JUANA. (*Acercándose á Ramona.*) ¿Ha salido?

RAMONA. (*A Juana en voz baja.*) No; es que es la hora de espumar el puchero, y si no voy se va á salir.

JUANA. Yo lo espumaré. Anda al balcón. (*Vuelve Ramona al balcón y Juana al lado de Celedonio.*)

ESCENA XIII

JUANA *y* CELEDONIO.

JUANA. Usted me dispensará, señor de Bolinche... digo, señor de Bolilla...

CELED. Es igual. Lo que sentiría es haber venido en mala ocasión.

JUANA. (*Siempre muy amable.*) Todo lo contrario. Lo que yo deseo es que nos arreglemos, y por peseta más ó menos no hemos de reñir.

CELED. No. (¡Qué poca vergüenza! ¡Vende los destinos!)

JUANA. Yo no soy exigente. Pero, ya ve usted, todo está por las nubes... El jamón no hay quien lo beba...

CELED. No; pero si hay quien lo coma.

JUANA. (*Sonriéndose.*) Se conoce que tiene usted buen diente.

CELED. Regular... aunque nunca como todo lo que quiero.

JUANA. Vamos, se queda usted siempre con ganas.

CELED. ¡Con bastantes ganas!

JUANA. Eso es muy sano, según los médicos.

CELED. Hay... hay opiniones sobre ese punto.

JUANA. Pues, nada, si quiere usted, iremos viendo la casa.

CELED. (*Subiéndose los pantalones.*) (Pero ¡qué fina es!)

JUANA. Y empezaremos por la cocina.

CELED. Perfectamente. La cocina es la base de...

JUANA. Lo digo porque me ha dicho la chica que hay que espumar el puchero.

CELED. (*Muy solícito.*) Y si no quiere usted molestarse y quedarse al balcón, yo lo espumo en un *santiamén*.

JUANA. (*Asombrada.*) ¿Usted? De ninguna manera. (¡Cuidado que son finos estos senadores!) ¿Usted es vitalicio?

CELED. (*Subiéndose los pantalones.*) Sí, señora; vitalicio... hasta que me muera. Apóyese usted en mi brazo.

JUANA. (*Apoyándose.*) ¡Ay! Bien se conoce que ha bebido usted en buenas fuentes.

CELED. Sí; en mi pueblo hay una agua riquísima. (*Suena dentro la Marsellesa.*)

JUANA. ¿Le incomoda á usted la Marsellesa?

CELED. Al contrario.

JUANA. ¿Verdad que es muy bonita? (*Cantando.*) Lará... lará... lará.

CELED. (*Idem.*) Lará... lará... (*Los dos cogidos del brazo en el proscenio.*)

JUANA. ¡Usted es liberal... como si lo viera! (*Con entusiasmo.*)

CELED. ¡Hasta la pared de enfrente! (*Idem.*)

JUANA. ¡Pues yo también!

CELED. ¡Me lo figuraba!

LOS DOS. Lará, lará... lará... (*Vanse por el foro, cogidos del brazo y cantando la Marsellesa. Celedonio se sube los pantalones. Cesa la música del acordeón.*)

ESCENA XIV

RAMONA, *después* JUANA.

RAMONA (*Saliendo del balcón.*) Señorita... señorita...

JUANA. (*Por el foro, corriendo.*) ¿Qué? ¿Ha salido?

RAMONA Y se ha vuelto á entrar, porque está arreglando los tiestos.

JUANA. Pues díle á ese caballero que está en la cocina

que enseguida salgo. (*Va hacia el balcón.*) ¡Ah! Y que si gusta se quede hoy á comer con nosotros.

RAMONA (¡Cuánto me alegro!)

JUANA. ¡Ah! Y después vete á buscar al niño al colegio. (*Entra en el balcón.*)

ESCENA XV

RAMONA *y* CELEDONIO.

RAMONA Pero ¿para qué querrá conocer á la vecina?

CELED. (*Sale corriendo, foro, con guantes, el sombrero en una mano y en la otra una cuchara de boj muy grande.*) ¿Y tu señora... que me ha dejado con esta cuchara en la mano?

RAMONA Pues en el balcón. Me ha dicho que se quede uste hoy á comer con ellos.

CELED. (*Asombrado.*) ¡Yo! ¿Y comeré con el ministro también?

RAMONA Con ellos ha dicho. De manera que si viene el ministro comerán ustés todos.

CELED. (*Subiéndose los pantalones.*) Haz el favor de prenderme otro alfilerito, por si viene el ministro. (*Se pone el sombreo, coge la cuchara con la boca y se levanta los faldones de la levita con las dos manos.*)

RAMONA (*Poniéndole el alfiler.*) ¿En el mismo sitio?

CELED. Sí. ¡Ah! Ten mucho cuidado con Pombo.

RAMONA (*Poniéndole el alfiler.*) ¿Cómo con Pombo?

CELED. Con el huésped que está en ese cuarto.

RAMONA ¿Por qué?

CELED. Porque es terrible para las mujeres. ¡Ay!

RAMONA ¿Ha entrado mucho?

CELED. Como si estuviera en su casa.

RAMONA (*Dejándole caer los faldones.*) Pues enseguida vuelvo. Me voy á buscar al niño al colegio.

CELED. (*Asombrado.*) ¡Ah! ¿Tienen un niño?

RAMONA Sí, señor. (*Vase foro.*)

ESCENA XVI

CELEDONIO.

(*Dejando el sombrero sobre una silla que hay en el proscenio á la derecha.*) ¡Pero qué líos tan horrorosos hay en este Madrid! (*Se santigua con la cuchara y después la chupa.*) ¡Sabroso! ¡Muy sabroso! Debe tener chorizo. (*Campanilla.*) Este es el ministro. Voy á abrirle. ¡Qué emoción! ¡Hablar con él... y comer con él!... ¡Yo... un pobre maestro de escuela! (*Campanilla.*) Voy, voy. A los postres me arrodillo, y... ¡pon! Le encajo la exposición. (*Vase por el foro corriendo y subiéndose los pantalones. Lleva la cuchara en la mano. La escena queda un momento sola hasta que vuelve á aparecer Celedonio delante de D. Anselmo, á quien hace muchas cortesías.*)

ESCENA XVII

CELEDONIO, DON ANSELMO. *Por el foro: es un hombre grueso, muy encarnado y que no se parece á ningún personaje político. Sopla con frecuencia, como si le faltase la respiración. Viste con elegancia. Sombrero de copa, guantes y bastón. No se quita el sombrero. Se queda detenido en el quicio de la puerta del foro.*

ANSEL. (*Soplando.*) ¡Puf... puf... puf!...
CELED. (Es Cánovas. No hay más que verle.)
ANSEL. (Este es otro huésped.) ¡Puf... puf... puf!... (*Entra lentamente.*)
CELED. Pase... pase vuecencia por aquí.
ANSEL. (Ya sabrá que soy senador cuando me da tratamiento.) ¡Puf... puf!...
CELED. Y si quiere entretenerse vuecencia, puede ir leyendo esta exposicioncita de los maestros de

la provincia de Salamanca. (*Saca un papel grande.*)

ANSEL. (*Soplando.*) ¡Puf... puf!...

CELED. Dice así: «Excelentísimo señor...»

ANSEL. Hombre... déjeme usted descansar, que vengo del Senado de oir barbaridades toda la tarde. (*Se sienta sobre el sombrero de Celedonio.*)

CELED. (*Al ver que se sienta sobre su sombrero.*) (¡Ay! ¡Mi sombrero!)

ANSEL. (*Dando un golpe en el suelo con el bastón junto á un pie de Celedonio, que da un salto.*) Figúrese usted que ha tomado la palabra, para hablar de la base quinta del arancel, Sardineta. (*Celedonio mira á ver si puede ver su sombrero.*) ¿Qué mira usted?

CELED. (*Sonriendo á la fuerza.*) Nada, que... que puede ser que esté vuecencia incómodo en esa silla.

ANSEL. (*Arrellanándose.*) No. Y ¿quién es Sardineta? (*Da otro golpe con el bastón.*)

CELED. No lo sé.

ANSEL. (*Incomodándose gradualmente.*) ¿Qué títulos tiene Sardineta para hablar de la base quinta del arancel?

CELED. Ninguno.

ANSEL. Absolutamente ninguno.

CELED. ¡Pero absolutamente ninguno!

ANSEL. Así es que yo me levanté enseguida. (*Levantándose.*)

CELED. (*Cogiendo rápidamente su sombrero, que está aplastado.*) Ha hecho vuecencia perfectamente.

ANSEL. ¡Y lo he aplastado!

CELED. Completamente. (*Arreglando el sombrero.*)

ANSEL. Como que lo he inutilizado para toda esta legislatura.

CELED. Y para la que viene.

ANSEL. ¡Puf... puf! (*Paseándose.*)

CELED. (*Detrás.*) Aprovecho la ocasión para que se entere vuecencia. (*Lee.*) «Excelentísimo señor...»

ANSEL. (*Limpiándose el sudor con el pañuelo.*) ¡Hombre!... ¡Por María Santísima! Déjeme usted en paz un momento.

CELED. Bueno; no se incomode vuecencia y pase vuecencia por aquí. (*Señalándole primera izquierda.*)

ANSEL. Pero no se olvide usted de avisar á doña Juanita.

CELED. Al momento. Si toda la tarde está la pobrecita en el balcón esperando á vuecencia. (*Deja el sombrero en el sofá.*)

ANSEL. (*Deteniéndose cerca de la puerta.*) ¡Pues no tiene poca prisa!

CELED. (*Inclinándose.*) Es natural.

ANSEL. (*Entrando lentamente primera izquierda.*) ¡Puf... puf!

CELED. (*Detrás.*) «Excelentísimo señor...» (*Leyendo. D. Anselmo entra, cerrando la puerta, que da en las narices á Celedonio.*) ¡Ay! (*Transición.*) Parece muy amable, aunque algo soplado. Voy á avisar á ésa. (*Se guarda la exposición y se dirige hacia el balcón, soplando como D. Anselmo.*) ¡Puf... puf... puf!... (*Se sube los pantalones.*)

ESCENA XVIII

CELEDONIO, JUANA.

CELED. ¡Señora!... ¡Señora Juanita!...

JUANA. (*Saliendo.*) ¿Quién me llama?

CELED. (*Soplando.*) ¡Puf... puf... puf!...

JUANA. (*Sin comprender.*) Pero ¿qué dice usted, hombre?

CELED. Que está ahí el señor ministro.

JUANA. (*Sorprendida.*) ¡Ay! (Sin duda se ha equivocado de cuarto. Como la otra se mudó ayer...)

CELED. (*Sonriéndose.*) Qué real mozo, ¿eh?

JUANA. Sí. (Este, como es senador, debe conocerle.)

CELED. Por cierto que viene muy incomodado con Sardineta.

JUANA. (*Rápidamente.*) ¿Dónde está?

CELED. ¿Sardineta? En el Sardinero, digo, en el Senado.

JUANA. (*Muy emocionada toda la escena.*) ¡El ministro! ¡el ministro!

CELED. ¡Ah! Pues lo he hecho pasar al gabinete ese.

JUANA. ¡Pero, hombre de Dios, si está sin barrer todavía!

CELED. (*Muy solícito.*) Si quiere usted, yo lo barro en cinco minutos.

JUANA. ¿Usted!... ¿Pero está usted loco?

CELED. No, señora. Ande, ande usted.

JUANA. Espere usted un instante. Yo voy á ver al ministro, y luego, comiendo, arreglaremos el negocio de usted.

CELED. ¡Justo! Comiendo se arregla todo. Ahora, á ver al ministro, sin prisa. Yo fregaré entretanto algunos platos que hay por la mesa de la cocina...

JUANA. ¿Pero qué está usted diciendo?

CELED. No; si eso me entretiene.

JUANA. (*Quitándose la manteleta.*) (¡Qué suerte! ¡El ministro en mi casa!) (*Celedonio coge la manteleta.*) ¿Y cómo me presento con este traje?

CELED. (*Poniéndose, distraído, la manteleta.*) ¡Pero si está usted arre... batadora!

JUANA. ¡Ay! Con formalidad, ¿me encuentra usted arrebatadora?

CELED. ¡Olé! Déjeme usted que la diga ¡olé!

JUANA. ¿Se me han deshecho estos caprichitos? (*Acercándose á Celedonio corriendo.*)

CELED. Esos... esos no hay quien los deshaga. Vamos, que espera su excelencia.

JUANA. Voy, voy. (*Deteniéndose.*) ¡Ay! Estoy con zapatillas. (*Vuelve corriendo junto á Celedonio.*)

CELED. No será la primera vez.

JUANA. ¿Que estoy con zapatillas? No. Pero... ¿este cuello no está muy descotado? (*Acercándose mucho á él.*)

CELED. Está usted con él... voluptuosísima.

JUANA. ¿De veras? (*Va hasta la primera izquierda corriendo.*)

CELED. Ni la diosa Venus al salir del mar Helesponto estaba más imposible... ¡olé!

JUANA. Júrelo usted. (*Vuelve á saltitos junto á Celedonio y le pone la mano junto á la boca, haciendo la cruz.*)

CELED. Lo juro. ¡Y como yo fuera el ministro!... (*Le da un beso en la mano.*)

JUANA. (*Ruborizada.*) Cállese usted, atrevido. (*Vase primera izquierda corriendo.*)

CELED. Les pagaba hoy mismo á los maestros de la provincia de Salamanca.

ESCENA XIX

CELEDONIO, *después* JUANA.

CELED. Pero no tardaremos nada en cobrar. Si supieran mis compañeros que hoy como nada menos que con un ministro y con su señora... es decir, con una de sus señoras... (*Transición.*) ¡Ah! (*Saca la cuchara.*) Voy á tapar el puchero, que me lo dejé destapado. (*Vase foro corriendo y tira la manteleta sobre una silla.*)

JUANA. (*Por la primera izquierda.*) Pues, señor, se ha dormido el ministro. (*Mirando hacia adentro.*) Y temo que le vaya á dar algo, porque está muy gordo y muy colorado... con los brazos caídos sobre la butaca y... ¡puf.. puf... puf!... (*Soplando.*) Voy á avisar al senador, que debe estar en el fregadero. ¡Qué hombre más estrambótico! Aunque no; mejor es avisar á la ministra. (*Señalando al balcón*) y así la conozco. (*Muy contenta.*) Con este pretexto paso... le digo que su excelencia se ha equivocado de cuarto y que haga el favor de venir á ver... á ver por qué sopla tanto. Ella entonces pasa, nos hacemos amigas y... ¡Qué suerte, Dios mío, qué suerte! (*Vase corriendo segunda izquierda después de haber cogido la manteleta.*)

ESCENA XX

CELEDONIO, *sale por el foro, secando un plato con una servilleta y comiendo un pedazo de chorizo.*

¡Vaya... vaya si tiene chorizo! ¿A qué hora se comerá en esta casa? Voy á colocar la exposición en este plato, para ofrecérsela á su excelencia en cuanto asome las narices. Dice así: (*Come y lee.*) «Excelentísimo señor: Seis años llevamos en ayunas los maestros de la provincia de Salamanca.» No son más que tres, y escasos; pero el que está tres años en ayunas lo mismo está seis, y lo mismo doce, que era lo que yo quería poner y hubiera hecho más efecto. ¡Pues ya lo creo! (*Come.*) «Excelentísimo chorizo...» digo: «Excelentísimo señor: Doce años llevamos en ayunas los maestros de la provincia de Salamanca.»

ESCENA XXI

DICHO *y un* NIÑO *de nueve años, por el foro, corriendo. Viste traje modesto. Lleva un porta-libros.*

NIÑO. (*Cantando con música de Cádiz.*) Viva España...

CELED. ¡Hola! Aquí está el niño.

NIÑO. Mamá... ¡mamá! ¿Dónde está mi mamá?

CELED. ¡Chist!... que está ahí dentro... muy ocupada.

NIÑO. ¿Con papá?

CELED. ¡Sí, con papa!

NIÑO. No, con papá no estará, porque no sale de la oficina hasta las siete.

CELED. Del Senado ó del Congreso querrás decir.

NIÑO. Pero ¿no sabe usté que está empleado en Correos?

CELED. ¡Ah! ¿De manera que tu mamá está casada? (*Deja el plato sobre la silla de la izquierda in-*

mediata al sofá, y se guarda distraidamente la servilleta.)

NIÑO. Sí, señor.

CELED. ¡Qué barbaridad! ¡Está casada!

NIÑO. Pues como todas las mamás que están casadas con los papás.

CELED. Naturalmente. Ven aquí, hermoso. (*Se sienta en la silla donde está el plato, luego sienta al niño sobre sus rodillas y le da un beso.*)

NIÑO. ¡Ay! ¡Como *güele* usté á chorizo!

CELED. No, pues hace muchísimos años que no lo pruebo.

NIÑO. Pues *güele* usté, *güele*.

CELED. Bueno, *goleré*. ¿Qué lección habéis dado esta tarde? (*Baja al niño de sus rodillas y se mueve sobre el asiento por la incomodidad que le produce el plato, pero sin comprender la causa*).

NIÑO. Historia de España.

CELED. ¿Y de qué trataba?

NIÑO. De don Felipe.

CELED. ¿De qué don Felipe?

NIÑO. De don Felipe segundo.

CELED. Pues vamos, vamos á ver... una preguntita muy fácil. ¿Qué monumento construyó Felipe segundo en memo... en memoria de la batalla de San Quintín?

NIÑO. (*Moviéndose de derecha á izquierda y con el tonillo propio de las escuelas.*) La... la batalla de San Quintín... la... la... batalla de San Quintín...

CELED. (Este no sale de la batalla.)

NIÑO. La... la batalla de San Quintín...

CELED. (*Sujetándole cariñosamente.*) Pero estáte quieto. ¿No has estado en el Escorial?

NIÑO. Ya... ya sé. La batalla de San Quintín fué en el Escorial.

CELED. No, hombre, fué un poco más lejos.

NIÑO. (*Rápidamente.*) ¿En Pozuelo?

CELED. Tampoco... aunque no estoy muy seguro.

NIÑO. (*Con el tonillo.*) La... la batalla de San Quintín...

CELED. ¡Chist! Basta de batallas. ¿No has visto en el Escorial un edificio grande, muy grande?

NIÑO. Sí, señor.
CELED. ¿Y qué fué construído por Felipe segundo?
NIÑO. (*Rápidamente.*) Ya, ya sé. La fábrica de chocolates de Matías López.
CELED. (*Dándole un beso.*) Muy bien, muy bien. (Hijo del ministro, no cabe duda.)

ESCENA XXII

DICHOS, UNA SEÑORA *y* RAMONA *foro.*

RAMONA Pase usté. Ahora saldrá la señora.
(*Ramona coge al niño de la mano y se lo lleva por el foro. Celedonio se levanta de la silla por la incomodidad que le produce el plato, el cual se queda pegado un momento y luego cae.*)
SEÑORA. (*Por el foro, muy elegante. Lleva sombrero, manguito y boá. Acento andaluz.*) (¡Y pensar que mi marido se gasta el dinero de esta manera!)
CELED. (*Saludando.*) (Esta es otra *demimondaina.*)
SEÑORA. (*Muy agitada.*) ¿Usté es algo de aquí?
CELED. No, señora.
SEÑORA. Quiero desir pariente ó amigo de la Juanita.
CELED. ¡Ay! No, señora.
SEÑORA. ¿Entonses podremos hablar en crudo?
CELED. O en cocido, como usted quiera.
SEÑORA. Ese niño que había aquí ¿de quién es?
CELED. ¡Ay! Eso vaya usted á saberlo.
SEÑORA. (*Cogiéndole de un brazo.*) Pero ¿es de ella? ¿Sí ó no?
CELED. ¡Ay! Que me ha cogido usted un pellizco.
SEÑORA. Soy muy nerviosa. (*Pasea con agitación.*)
CELED. Ya... ya se conoce. (*Idem detrás de ella.*)
SEÑORA. (*Dando media vuelta.*) Volvamos al chico.
CELED. (*Idem.*) Bueno; volvamos.
SEÑORA. (*Parándose delante de él.*) ¿Usté cree que es suyo?
CELED. (*Idem.*) No; mío no, señora.
SEÑORA. (*Volviendo á pasear.*) De ella, hombre, de ella.
CELED. ¡Ah! Sí; y del ministro.
SEÑORA. (*Parándose.*) ¡Ay! ¿De manera que á usté tam-

bién le consta que vive aquí una individua sostenida por un personaje? (*Se pasea.*)

CELED. (*Detrás.*) Sí. Así es que si viene usted con alguna pretensión...

SEÑORA. ¡Y gorda! (A sacarle los ojos.)

CELED. ¿Alguna canonjía? (*Se pisa los pantalones.*)

SEÑORA. (*Sarcásticamente.*) Sí; una canonjía. (*Pasea.*)

CELED. En ese caso puedo decirle á usted que es persona muy arreglada. (*Paseando detrás; se sube al sofá para dejarla pasar.*)

SEÑORA. ¡Pues ya lo creo! (Arreglada con mi marido.)

CELED. No; lo digo porque á mí por muy poco dinero me va á sacar adelante todos mis atrasos.

SEÑORA. ¡Ah! Pero ¿vende los destinos?

CELED. Sí; es muy buena persona. (*Mucha animación.*)

SEÑORA. Pero no debe tener vergüensa.

CELED. No.

SEÑORA. Ni usté tampoco.

CELED. Tampoco. Digo... lo que no tengo es dinero y por eso vengo.

SEÑORA. (*Alzando la voz.*) Bueno; avísela usté que tengo prisa.

CELED. (*Muy amable siempre.*) Por Dios, señora, no grite usted tanto.

SEÑORA. Me da la gana.

CELED. Eso es otra cosa. (*Humildemente.*)

SEÑORA. Ea... ¿dónde está esa mujer?

CELED. Mire usted, ahora no podrá salir en un ratito.

SEÑORA. ¿Por qué? (*Cada vez más exaltada.*)

CELED. (*Con misterio.*) Porque acaba de llegar su excelencia.

SEÑORA. (*Rápidamente.*) ¡Paco! ¿Está aquí Paco?

CELED. (¡Caramba! Pues no es Cánovas.)

SEÑORA. ¡Ay, ay, ay! ¡Dios mío!... (*Empezando á desmayarse.*)

CELED. (*Sosteniéndola.*) ¿Qué le pasa á usted?

SEÑORA. ¿Qué me ha de pasar? Si yo soy la... la...

CELED. ¡Ya! La que tenía antes. Pero no tenga usted celos, porque ésta es muy fea.

SEÑORA. ¡Animal! Si yo soy la... la mujer de Paco! (*Se

desmaya sobre Celedonio. Este le hace aire con el boá.)

CELED. *Colocándola sobre una silla.* ¡Ay! ¡ay! ¡María Santísima! ¡Y don Paco ahí dentro! ¡Ramona!... (*Llamando.*) Debe ser Romero... ¡Ramona!... Ó Silvela... ¡Ramona!...

ESCENA XXIII

DICHOS, RAMONA *y* RUFINO.—RAMONA *foro y* RUFINO *segunda derecha, los dos corriendo.*

(*Celedonio continúa haciendole aire con el boá.*)

RUFINO. ¿Qué pasa?

RAMONA. ¿Qué ocurre?

CELED. (*Muy apurado.*) Esta señora que...

RUFINO. (*Queriendo cogerla.*) ¿Qué?

CELED. (*Rápidamente.*) Vaya usted á la botica por un calmante.

RUFINO. Voy. (*Vase foro corriendo.*)

CELED. ¿Quién dirás que es esta señora?

RAMONA No sé.

CELED. La mujer de don Paco.

RAMONA. ¿Y quién es don Paco?

CELED. El ministro, que está ahí dentro.

RAMONA. ¡Atiza!

CELED. (*Cogiendo á la señora ayudado por Ramona.*) Vamos, vamos á llevarla á tu cama.

RAMONA. Y mientras tanto que él se largue.

CELED. ¿Dónde está tu cuarto?

RAMONA. Allí. (*Señala segunda izquierda. Campanilla.*) Voy á ver quién es. (*Vase foro corriendo.*)

SEÑORA. (*Andando sostenida por Celedonio.*) ¡Ay... ay... ay! ¡Paco... Paco... Paco!

CELED. Animo, ánimo, excelentísima señora. Esto es muy frecuente en los Pacos... digo, en los matrimonios.

SEÑORA. (*Al entrar segunda izquirda.*) ¡Ay!,.. ¡Ay! ¡Ayayayayay!

CELED. (*Entrando con ella.*) ¡Uy! ¡Uyuyuyuyuy!

ESCENA XXIV

RAMONA *seguida de* JUANA *por el foro. Enseguida* CELEDONIO *segunda izquierda. Mucha animación.*

RAMONA. Pero ¿había salido usté?
JUANA. ¿Qué ocurre?
CELED. ¡Ay, señora doña Juanita!...
JUANA. ¿Qué?
CELED. Que acaba de llegar la ministra.
JUANA. (*Muy alegre.*) ¡Ay! ¡Qué felicidad!
CELED. (*Asombrado.*) ¡Ah! Pero ¿se alegra usted?
JUANA. Como que he ido á su casa y no estaba.
CELED. (¡Pero qué poca vergüenza tiene esta señora!)
JUANA. ¿Dónde está?
RAMONA. En mi cama, porque le ha dado un síncope.
JUANA. (*Corriendo hacia la segunda izquierda.*) ¡Ay! Pues la cuidaré como á una hija. (*Celedonio va detrás.*) ¿Adónde va usted?
CELED. Pues á cuidarla también como á una hija.
JUANA. No, no hace usted falta. (*A Ramona.*) Vete á hacer tila. (*Vase Ramona foro.*) Y usted avise corriendo al ministro.
CELED. ¿Para que se largue?
JUANA. Para que salga. A ver si entre todos la hacemos volver. (*Entra segunda izquierda.*)
CELED. ¡Uy! ¡Todos revueltos! ¡Qué Madrid éste tan corrompido! Pero yo no pierdo nada. Así me hago amigo de todos, á ver si entre todos me pagan. Voy á darle el jicarazo á don Paco. (*Yendo á la primera izquierda y llamando.*) ¡Don Paco!... ¡don Paco!... digo... ¡Don Francisco!... ¡Excelentísimo señor don Francisco!... No responde. ¿Se habrá puesto malo? (*Alzando más la voz.*) ¡Currito!... Ellas le llamarán Currito. ¡Currito! ¡Currinche!... Nada, entro y sea lo que Dios quiera. (*Entra en la primera izquierda, cerrando por dentro.*)

ESCENA XXV

TIBURCIO *y* RAMONA *por el foro.*

RAMONA. ¡Ay, señcrito!
TIBURC. ¿Qué? (*Mucha animación.*)
RAMONA. ¡Que están ahí el ministro y la ministra!
TIBURC. (*Asombrado.*) ¿De veras?
RAMONA. A ella le ha dado un accidente espantoso.
TIBURC. ¡Ay! ¡Cuánto me alegro! ¿Y el ministro?
RAMONA. Ahí dentro. (*Señala primera izquierda.*)
TIBURC. (*Muy alegre.*) ¿Con otro accidente?
RAMONA. No; voy por la tila. (*Vase foro.*)
TIBURC. (*Muy alegre.*) Pero ¿cómo se habrá arreglado mi mujer para que pasen los dos y tan pronto? De esta hecha pesco el ascenso. Voy á saludar al ministro. (*Sube al foro á dejar el sombrero.*)

ESCENA XXVI

TIBURCIO *y* CELEDONIO, *que sale primera izquierda, de espaldas, y se detiene un momento mirando al interior.*

CELED. (Pues señor, es una lástima despertarle.)
TIBURC. (El ministro.)
CELED. (Porque duerme divinamente.)
TIBURC. (No le conozco. Será alguno nuevo. Como cambian tanto...)
CELED. (*Al volverse ve á Tiburcio.*) ¡Ah! (*Pausa breve.*)
TIBURC. (*Saluda varias veces con la cabeza y contesta Celedonio.*) (Facha... facha de ministro.)
CELED. Para servir á usted.
TIBURC. Soy... soy el marido de Juanita.
CELED. (*Cogiéndole rápidamente una mano.*) Hombre, me alegro que venga usted, porque estamos en una crisis horrible.

TIBURC. (*Asustadísimo.*) ¡Ay! Pues no sabía nada. (*Temblando.*) Y... y ¿es total?
CELED. Sí, casi total.
TIBURC. ¡Qué barbaridad! ¿Así... de pronto?
CELED. (*Muy gravemente.*) Cuando menos lo esperábamos llegó la contraria... llamémosla así...
TIBURC. Y muy bien llamada.
CELED. Y... ¡cataplum! La crisis y al suelo.
TIBURC. (¡Pues ya estoy cesante!) (*Afligido.*)
CELED. Pero no se *amilone*... usted.
TIBURC. No. (¡Qué bien se expresa!)
CELED. ¿No me ve usted á mí?
TIBURC. Sí; perfectamente. Y ¿se puede saber de qué ha provenido esa crisis?
CELED. (*Sentenciosamente.*) Para mí... proviene del estómago.
TIBURC. Como casi todas las crisis.
CELED. (*Misteriosamente.*) Y además... á usted me parece que se le puede decir todo.
TIBURC. (*Muy alegre.*) ¡Ay! Tantas gracias por la confianza.
CELED. Pues... en primer lugar... ha habido celos... que no le extrañarán á usted... estando en el ajo.
TIBURC. No, señor. (¿Qué ajo será ése?)
CELED. Las rivalidades son naturales en la especie humana.
TIBURC. Muy naturales. (¡Qué bien se expresa!)
CELED. Y en resumen, á usted me parece que se le puede decir todo.
TIBURC. (*Entusiasmado.*) Sí, señor; todo.
CELED. (*Con naturalidad.*) Pues bien, ¿me da usted un cigarro?
TIBURC. (*Sacando una cajetilla.*) Con muchísimo gusto. (¡Pero qué afecto me ha tomado!) Son de veinticinco. (*Se la ofrece.*)
CELED. (*Cogiendo un cigarro.*) Los conozco desgraciadamente. Veneno.
TIBURC. (*Sacando una caja y dándole un fósforo encendido.*) ¡Ah! ¿No hay inconveniente en hablar mal del ministro de Hacienda?
CELED. Al contrario, hombre, al contrario. (*Encendiendo.*)

TIBURC. Yo... lo decía por si usted... No sé si haré mal en decir «usted.»

CELED. Es lo natural. (*Fumando.*)

TIBURC. Pues bien, por si usted había entrado alguna vez en el ministerio de Hacienda...

CELED. Sí; entrar he entrado, y he salido también... sin un céntimo.

TIBURC. ¡La honradez ante todo! (Es Camacho.)

CELED. Pero yo he pertenecido siempre á Fomento.

TIBURC. ¡Ah! (*Va á guardarse la cajetilla y Celedonio alarga la mano.*)

CELED. Tomaría otro de buena gana para luego.

TIBURC. (*Muy contento.*) Pues guárdese usted la cajetilla y la caja de fósforos.

CELED. (*Cogiéndolos y guardándoselos.*) Gracias. (*Se guarda distraído el fósforo que aún conservaba en la mano encendido.*) Y resignación. Esto pasa enseguida.

TIBURC. (*Con tristeza.*) Pero entretanto hay que aguantar la mecha.

CELED. Sí; ya sé que usted aguanta mucho.

TIBURC. ¿Se lo ha dicho á usted mi mujer?

CELED. No; ella precisamente no, porque no estaba bien.

TIBURC. (*Sorprendido.*) ¿Qué? ¿Está mala?

CELED. No; que no estaba bien que ella me lo dijera. Pero me consta que es usted sufrido.

TIBURC. No lo sabe usted bien. ¡He pasado más hambre!...

CELED. ¿Más que yo? (*Mucha animación los dos hasta el fin de la escena.*)

TIBURC. ¿Usted? (*Asombrado.*)

CELED. ¿A qué hora comen ustedes?

TIBURC. A las siete y media.

CELED. Pues ya ve usted. Estoy desde esta mañana con una jicarita de chocolate.

TIBURC. ¿A causa de la crisis?

CELED. Sí, de la crisis... (económica). Gracias á que su mujer de usted me ha convidado á comer.

TIBURC. ¡Ah! ¿Ha tenido esa buena idea?

CELED. Vale, vale mucho doña Juanita.

TIBURC. Disponga usted de nosotros y de esta casa como si fuera suya.

CELED. Entonces... vendré también mañana á comer, si les parece á ustedes.

TIBURC. (*Cada vez más alegre.*) Y á almorzar y á lo que usted quiera.

CELED. Pues ya me vendré tempranito y tomaré chocolate.

TIBURC. Todo, todo lo que usted quiera. ¿Me permite usted que le bese la mano?

CELED. Bueno. (Será moda ahora.) (*Se la ofrece.*)

TIBURC. (*Besándole la mano.*) (Este me asciende enseguida.)

CELED. (A los postres le pido doscientos reales.)

ESCENA XXVII

DICHOS, *la* SEÑORA *y* JUANA.

SEÑORA. (*Saliendo precipitadamente por la segunda izquierda.*) Paco... Paco... ¿Dónde está Paco?

JUANA. (*Corriendo detrás con la taza de tila.*) Tranquilícese usted y beba, excelentísima señora. (*Todos la rodean.*)

CELED. Beba, beba.

SEÑORA. (*Cogiendo la taza.*) ¿Qué es esto?

JUANA. Tila.

TODOS. Beba, beba. (*Bebe.*)

TIBURC. (*A Celedonio en voz baja.*) (No le reconoce á usted.)

CELED. (*Idem.*) (¡Qué le vamos á hacer!)

JUANA. (*Sosteniendo el plato mientras la señora bebe.*) Aprovecho esta ocasión para presentar á usted á mi marido.

CELED. (¡Vaya un descaro!)

SEÑORA. (*Dando la taza á Juana.*) Y yo para desirles á todos ustedes que no tienen decoro.

TODOS. ¿Cómo que no tenemos decoro?

SEÑORA. Y además, que es usted muy fea.

JUANA. ¡Yo fea! (*Incomodada.*) (*Celedonio le coge la taza y bebe tranquilamente.*)

CELED. Sí, en eso tiene razón.

JUANA. ¿Qué dice usted?
CELED. Nada. Beba, beba. (*Ofreciéndola tila.*)
SEÑORA. Aquí debe haber alguna equivocasión.
CELED. *Boba,* digo, beba.
SEÑORA. (*A Juana.*) } ¿Quién es usted?
JUANA. (*A la Señora.*) }
LAS DOS. ¿Yo?
SEÑORA. (*Con mucha dignidad.*) Yo soy la esposa legítima de mi marido.
JUANA. (*Idem.*) Y yo la del mío.
TIBURC. (*A Celedonio.*) ¿Y usted?
CELED. Yo... la del mío... digo... no digo nada. (*Sigue bebiendo.*)
SEÑORA. Pero mi marido me engaña con una tal Juanita que vive aquí.
JUANA. ¡Ah! ¿Vuecencia es la verdadera ministra?
SEÑORA. Y por eso he venido.
TIBURC. Pues mire usted, señora, la Juanita esa no vive aquí.
JUANA. Es... en el trece duplicado. (Salvemos á la otra.) (*A Celedonio.*)
CELED. ¿Quién es la otra?
SEÑORA. (*A Celedonio rápidamente.*) ¿Qué dise usted?
CELED. Nada. Beba. (*Ofreciéndole la taza.*)
SEÑORA. Pero ¿no me ha dicho usted que él estaba aquí?
CELED. Sí, señora; pero yo no sé generalmente lo que me digo.
SEÑORA. Abur. (*Subiendo al foro.*)
TODOS. ¿Dónde va vuecencia? (*Detrás de ella.*)
SEÑORA. Al trese duplicado. (*Vase por el foro corriendo.*)
TIBURC. Dejémosla, y mientras tanto vamos al principal de la derecha.
JUANA. Que es donde vive la otra. (*A Celedonio.*)
CELED. ¡Ah! ¿Pero tiene dcs el ministro en la misma casa?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, D. ANSELMO *y después* RUFINO.

ANSELM. (*Aparece en la primera izquierda soplando.*) ¡Puf... puf... puf!

JUANA. Por Dios, no salga vuecencia.

ANSELM. ¿Por qué? (*Sorprendido. Deja el sombrero en el sofá, junto al de Celedonio.*)

CELED. Porque acaba de salir de aquí la mujer de vuecencia. (*Deja la taza.*)

ANSELM. Hombre... si yo soy viudo. ¡Puf!

TIBURC. ¿Y además ministro?

ANSELM. No; soy senador y vengo á ver si me quedo aquí de huésped. (*Saca una tarjeta, que coge Juana.*) Recomendado de Martínez el médico. ¡Puf! (*Se sienta en el sofá.*)

JUANA. Pero entonces ¿usted quién es? (*A Celedonio.*)

CELED. Recomendado de Martínez el veterinario; pero para la primita del ministro.

TIBURC. ¡Ah! ¿Usted también se ha equivocado?

CELED. Por lo visto. De manera que si su señora de usted no tiene nada que ver con ningún personaje...

TIBURC. ¡Hombre, no señor!

CELED. (*Coge distraído el sombrero de D. Anselmo y se lo pone; le estará muy grande.*) Lo siento mucho.. digo, me alegro mucho. Pero me voy al cuarto de al lado.

JUANA. Y nosotros también. (*Todos al foro. D. Anselmo, que se ha quedado dormido, sigue soplando. Al salir los tres, entra Rufino con una botella envuelta en un papel.*)

RUFINO. (*Entra corriendo por el foro.*) Aquí estoy yo con la medicina.

LOS TRES. Bueno, enseguida volvemos. (*Vanse los tres por el foro.*)

RUFINO. Mejor; me quedo solo con la enferma. (*Repara en D. Anselmo.*) ¿Quién será este señor? (*Se

acerca.) No, pues á éste sí que le va á dar una apoplejía, si no la tiene ya encima. (*Destapando con mucho cuidado la botella, después de colocársela á Anselmo debajo de las narices.*) Lo salvaremos. (*La botella da un taponazo y sale un líquido gaseoso que moja á D. Anselmo.*)

ANSELM. (*Levantándose.*) ¡Eh! ¡Animal... más que animal!

RUFINO. (*Asustado.*) Dispense usted. Han debido equivocarse en la botica.

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

Decoración dividida en dos partes iguales. La derecha de la escena es la antesala de una casa elegante. A la derecha, primer término, puerta de la escalera con ventanillo y campanilla. En el foro, otra puerta que conduce á la cocina. Frente á la puerta de la escalera, otra puerta que comunica con el gabinete. En la antesala hay una mesa ó cualquier otro mueble boca abajo y arrimado á la pared. En primer término del proscenio un cajón de pino y una escalera puesta horizontalmente sobre él y bastante larga para que puedan sentarse sobre ella cuatro personas. La izquierda de la escena es un gabinete con tres puertas. Una en el centro del foro, otra que comunica con la antesala y otra enfrente de ésta, izquierda, primer término, que conduce á otras habitaciones. Delante de esta puerta hay una escalera muy grande, de dos tramos, abierta. En el suelo, apoyado en cualquier rincón, un espejo grande. En una silla, una lámpara y en otra una escupidera. A un lado un entredós, y sobre él un martillo y un clavo. En el centro del proscenio un sofá y sobre él una cortina de reps, ó seda, como sea la sillería, con sus anillas correspondientes. Esta cortina deberá ser muy grande. Sobre otra silla, otra cortina sin anillas, ó mejor una colcha también muy grande y de un color muy parecido al de la sillería. Un cuadro clavado en la pared, á la derecha de la puerta del foro, pero muy bajo. Alguna otra silla de distinta clase. La puerta del foro y la de comunicación de ambas habitaciones tienen puestas las cortinas, que serán dobles, ó sea de las llamadas de dos hojas. La puerta situada á la izquierda, primer término, y delante de la cual está la escalera de dos tramos abierta, tendrá puesta únicamente una cortina con sus anillas y su bastón correspondientes, pero de modo que éste se pueda quitar y poner con facilidad. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PEPA *en el gabinete arreglando los muebles.*

Pero señor, ¿cuándo se acabará de arreglar esta casa? Bien dicen que tres mudanzas equivalen

á un incendio. (*Campanilla.*) A ver si son los tapiceros y acaban de colgarnos los cortinones. (*Sale á la antesala.*)

ESCENA II

DICHA *y* SEBASTIÁN.

PEPA. (*Antes de abrir el ventanillo.*) ¿Quién?
SEBAST. (*Dentro.*) Abre.
PEPA. (*Abriendo el ventanillo*). ¡Ah! ¿Eres tú, Sebastián?
SEBAST. (*Dentro.*) Abre.
PEPA. No me da la gana.
SEBAST. (*Dentro.*) Anda, Pepilla, no seas tonta, abre.
PEPA. Que no, porque la señorita puede venir.
SEBAST. ¡Quiá! Si la he visto en un coche por la calle Mayor abajo, y por eso he venido.
PEPA. Pero como estamos de mudanza, á *ca* momento vienen los alfombristas y los tapiceros.
SEBAST. (*Dentro.*) ¿Y me van á comer?
PEPA. No; pero pueden verte.
SEBAST. (*Dentro.*) Abre, mujer, que tengo ganas de ver el cuarto.
PEPA. Mañana saldré á la hora de siempre y hablaremos como siempre.
SEBAST. (*Dentro.*) Pero... si hace tres días que estás saliendo á la hora de siempre, y no sales nunca. Abur.
PEPA. (*Gritando.*) ¡Oye, Sebastián, oye!
SEBAST. (*Dentro.*) No me da la gana.
PEPA. (*Abriendo la puerta rápidamente.*) Espera, borrico, espera, que te voy á enseñar el cuarto.
SEBAST. ¡Gracias á Dios! (*Se para en la puerta. Viste gorra y chaqueta, pero muy curioso.*)
PEPA. (*Cerrando.*) Entra, mal genio, entra.
SEBAST. (*Entrando en la antesala y abrazando á Pepa.*) ¿Sabes que me gusta este recibimiento?
PEPA. Y á cualquiera. Pero estáte quieto, borrico.
SEBAST. (*Sin soltarla.*) Si no me muevo.
PEPA. (*Desasiéndose.*) Que me sueltes, hombre, es lo que te quiero decir.

SEBAST. Pues haberlo dicho claramente, que yo lo mismo te doy un abrazo, que te lo quito... que te lo vuelvo á dar. (*Lo que indica el diálogo.*)

PEPA. *Amos*, no seas pesao, que me duele mucho la cabeza.

SEBAST. (*Soltándola.*) Oye, ¿y por qué os *habís* mudao?

PEPA. Pues porque en la otra casa ya se habían enterao todos los vecinos de que la señorita tenía... un primo menistro.

SEBAST. Y eso ¿qué tiene que ver?

PEPA. Pues que no la dejaban vivir á recomendaciones.

SEBAST. (*Sacando un papel.*) Apropósito, toma la nota, *pa* que se la des... al primo. (*Pepa coge el papel.*)

PEPA. ¡Ay! Quiera Dios que te empleen, *pa* que enseguida... (*Entrando en el gabinete.*)

SEBAST. (*Entrando también.*) Enseguida, de cabeza á la iglesia. (*Abrazándola.*) ¿Sabes que no me disgusta tampoco este gabinete?

PEPA. Lo creo. ¿Y qué es lo que pides?

SEBAST. Trae. (*Le da ella el papel.*) Ahora verás. (*Leyendo.*) «Sebastián Pérez Casado...»

PEPA. (*Afligida.*) ¡Ay! Pero ¿ahora salimos con que eres casado?

SEBAST. No, mujer; Casado es el apellido de mi madre... ¡Porque yo he tenido madre!

PEPA. Me lo figuro.

SEBAST. Y el padre de mi madre era Casado.

PEPA. Naturalmente.

SEBAST. Y por eso yo soy casado... desde que mamaba.

PEPA. Bueno; sigue.

SEBAST. (*Leyendo.*) «Sebastián Pérez Casado, natural de Castromocho, de veintiocho años de *edá*, y habitante en *Madrí*, paseo de los Ocho Hilos, número diez y ocho, cuarto interior, número ocho.»

PEPA. ¡Ay! ¡Qué bien está!

SEBAST. (*Leyendo.*) A V. E. (*Pronunciando sólo las letras u, e.*)

PEPA. ¿Cómo á u, e? (*Idem.*)
SEBAST. A vuecencia, mujer, á vuecencia.
PEPA. ¡Ah!
SEBAST. (*Leyendo.*) «A V. E. respetuocsamente expone...»
PEPA. ¡Ay! Pero ¡qué bien está! *Respetuocsamente* expone.
SEBAST. (*Leyendo.*) «Que desearía que se le colocase en una plaza de portero.»
PEPA. ¡Ay! ¡Qué gusto! ¡qué gusto!
SEBAST. ¡No me *interrumpias!* (*Leyendo.*) «De portero en el M. I.» (*Pronuncia sólo las letras.*)
PEPA. Mi.
SEBAST. No, mujer, no seas estúpida.
PEPA. Pues eme... i... mi; en todas partes.
SEBAST. Pero si ésta es otra *breviatura* como la de V. E.
PEPA. ¡Ah!
SEBAST. (*Leyendo.*) «En una plaza de portero, bien sea en el M. I.—que quiere decir, en el muy ilustre—ayuntamiento de esta capital, ó bien sea en la cárcel modelo.»
PEPA. ¿Cuál vale más? ¿El ayuntamiento, ó la cárcel?
SEBAST. Pues vienen á ser iguales en importancia.
PEPA. (*Muy contenta.*) ¡Ay! Si nos viéramos en el ayuntamiento ó en la cárcel...
SEBAST. Nos veremos, nos veremos, no tengas *cuidao.*
PEPA. ¿Y no hay más?
SEBAST. Falta el final, que es muy bonito. Verás, verás. (*Leyendo.*) «Gracia que espera el *rescurrente...*»
PEPA. ¿Y tú, eres el *rescurrente*?
SEBAST. Pues claro que soy el *rescurrente.*
PEPA. Sigue, sigue.
SEBAST. «De V. E. Dios güe. á V. E. m. a.» (*Pronunciando solo las letras.*)
PEPA. ¿Y qué quiere decir todo eso?
SEBAST. Pues no puede estar más claro. (*Leyendo.*) «Dios guarde á vuecencia muchos años. *Madri... ecétera* del mes *ecétera* y del año *ecétera.* Sebastián ecétera... ecétera...» (*Le da el papel á Pepa y un abrazo.*) Y *ecétera.*
PEPA. ¿Sabes que está divinamente?... Ecétera... ecétera...

SEBAST. Como que me lo ha redactao un repartidor de «La Lidia,» que es amigo. (*Campanilla.*)

PEPA. ¡Ay! ¿Quién será? (*Sale á la antesala.*)

SEBAST. No te asustes. (*Idem.*) Méteme en la *dispensa* como otras veces.

PEPA. Espera. ¿Quién? (*Sin abrir el ventanillo.*)

PORTERA (*Dentro.*) Los porteros.

SEBAST. ¿Dónde está la *dispensa*?

PEPA. (*Señalando al foro.*) (Ahí, en la cocina.)

SEBAST. Pues ahí te espero... comiendo un huevo. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA III

PEPA.—LOS PORTEROS.

PEPA. (*Abriendo la puerta.*) ¿Qué querían ustedes? (*Entran la Portera y el Portero. Este viste chaquetón y gorra, que no se quita hasta el fin de la escena. Viene fumando.*

PORTERA. Pues nada... nada más que saludar á la señorita.

PEPA. (*Cierra la puerta.*) Ha salido. ¿No la han visto ustedes?

PORTERA. No; y eso que éste nunca falta de la portería... como no pase á la taberna de enfrente, que son paisanos.

PORTERO. ¡Eso!

PEPA. (*Deseando que se vayan.*) Pues ha salido. ¿Querían ustedes algo?

PORTERA. No, señora. Subía nada más con éste... *pa* que la señorita conociera á éste.

PEPA. Pues ha salido, y ¡claro! no está en casa.

PORTERA. Entonces haga usté el favor de decirla que hemos subido por si nos quería mandar algo, y que abajo estamos á su disposición.

PEPA. Muchas gracias; pero por mí no abandonen ustedes la portería. (*Empujándolos para que se vayan.*)

PORTERA. Ya... ya subiremos otro día *pa* que la señorita conozca á éste, y sepa que con toda confianza

puede dejar la casa, porque éste... como dice el casero, es un perro materialmente. (*Le da un golpe en el hombro.*)

PORTERO. ¡Eso!

PEPA. Ya... ya se conoce.

PORTERA. Parece muy amable la señorita.

PEPA. Mucho... pero ha salido...ya saben ustedes. (*Empujándolos para que se vayan.*)

PORTERA. ¡Y muy buena!

PEPA. ¡Oh! Una santa. Tardará bastante en volver, porque cuando sale...

PORTERA. Otro día subiremos á ver si puede meter á éste en cualquier oficina.

PORTERO. ¡Eso!

PEPA. ¡Ay! Será muy difícil, porque tiene muchos compromisos.

PORTERA. Ya... ya lo sabemos; pero lo que dice éste: «Si nos pudieran arrimar un destinillo sin violentar la portería...»

PORTERO. ¡Eso!

PEPA. Claro. Pero es muy difícil. Hoy mismo sé que ha *entrao* de portero en la cárcel modelo uno que ha sido gobernador de varias provincias.

PORTERA. No; éste no ha sido gobernador; pero en lo tocante á *fidelidá*... un perro. (*Le da un golpe en la espalda.*)

PORTERO. ¡Eso!

PEPA. (*Abriendo la puerta.*) Pues ya se lo diré á la señorita. Vayan ustedes con Dios.

PORTERA. Y ya subiremos nosotros; pero dígala usté que puede mandarnos lo que guste, y estar bien tranquila en la casa, porque lo que es éste... como éste esté en la portería...

PORTERO. ¡Eso!

PEPA. (*En la puerta.*) Ya, ya. Vayan ustedes con Dios.

PORTERA. (*Idem.*) Saluda. (*Al Portero.*) Hombre, saluda.

PORTERO. (*Quitándose la gorra.*) ¡Um! (*Da una especie de gruñidc.*)

PORTERA. Un perro, materialmente.

PEPA. Pero materialmente. (*Vanse los Porteros. Cierra la puerta.*)

ESCENA IV

PEPA *y* SEBASTIÁN.

PEPA. ¡Gracias á Dios! (*Corriendo hacia la cocina.*) ¡Sebastián! ¡Sebastián! Lárgate.

SEBAST. (*Saliendo por el foro con una botella en la mano.*) ¿Sabes que este vinillo es de primera fuerza?

PEPA. Pues lárgate; no vaya á venir algún otro.

SEBAST. (*Abrazándola.*) Entonces, hasta mañana en la plazuela.

PEPA. Sí; vete.

SEBAST. (*Guardándose la botella.*) Me llevo la botella distraído, ¿eh?

PEPA. (*Preparándose á abrir la puerta.*) Como quieras. Anda. (*Campanilla.*) ¡Ay! ¿Quién será?

SEBAST. Pero no te apures, tonta. A la *dispensa* otra vez. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA V

PEPA, JUANA, TIBURCIO *y* CELEDONIO.

PEPA. Ese no sale de la dispensa. (*Abre el ventanillo.*) ¿Quién?

JUANA.
TIBURC.
CELED. } (*Dentro.*) Servidores.

PEPA. No los conozco á ustedes.

JUANA. (*Dentro.*) Somos los vecinos de al lado.

CELED. (*Idem.*) Que venimos á salvar á su señorita.

TIBURC. (*Idem.*) Abra usted corriendo.

PEPA. (*Abriendo.*) ¿Pues qué ocurre? (*Entran precipitadamente.*) ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

CELED. ¿Está en casa doña Juanita?

PEPA. No, y tardará bastante. (*Mucha animación en todos.*)

JUANA. / TIBURC. / CELED. ¡Ah! Respiremos.

JUANA. ¿Ha venido la otra?

PEPA. ¿Qué otra?

CELED. Una señora muy elegante.

PEPA. No, aquí no ha venido nadie.

JUANA. / TIBURC. / CELED. ¡Ah! ¡Respiremos!

PEPA. Bueno, respiren ustedes y siéntense. Aquí no hay sillas, porque como nos estamos mudando...

CELED. Aquí, aquí sobre esta escalera podemos sentarnos perfectamente. (*Pepa y Juana se sientan en el centro. Celedonio en un extremo á la derecha y Tiburcio en el otro.*)

JUANA. Admirablemente.

PEPA. (¿Qué querrá esta gente?)

CELED. (*Con tono dramático.*) Venimos á salvar la vida á doña Juanita.

PEPA. (*Asustada.*) Pues ¿qué ocurre?

JUANA. (*Idem.*) Está corriendo, sin saberlo, un peligro horroroso.

TIBURC. (*Idem.*) Pero muy horroroso.

CELED. (*Idem.*) ¡Horro... ro... ro... sísimo!

PEPA. (*Levantándose.*) ¡Ay! ¡Pobre señorita!

TIBURC. / JUANA. (*Idem.*) Pero tranquilícese usted.

CELED. (*Cayéndose al suelo.*) ¡Aay!

TODOS. ¿Se ha hecho usted daño?

CELED. (*Levantándose y subiéndose los pantalones.*) Un poco. Se me han clavado los alfileres.

JUANA. / TIBURC. / PEPA. ¿Qué alfileres?

CELED. Unos que llevo por gusto. Pero no es nada. (*A Pepa.*) ¿Podemos hablar con franqueza? (*Al proscenio todos.*)

JUANA. (*Idem.*) ¿No nos escucha nadie?

PEPA. (*Siempre asustada.*) No.

TIBURC. (*A Pepa.*) ¿Nadie?

PEPA. No, señor.
CELED. ¿Nadie, nadie, nadie?
PEPA. Ya he dicho que no. Pero ¿qué pasa?
CELED. Pues bien, sentémonos; pero con cuidado, ¿eh?
(*Se sientan como antes.*)
TIBURC. ¿Estamos seguros?
PEPA. Sí, ahora creo que sí.
CELED. Bueno. ¿Es cierto que su señorita de usted tiene relaciones amorosas?
JUANA. ¿Con un señor ministro?
(*Tiburcio se quita el sombrero.*)
PEPA. Sí, señores.
CELED. (*Quitándose el sombrero.*) ¿De la corona?
PEPA. No, corona no tiene.
CELED. (*Poniéndose el sombrero.*) Ya... ya sabemos que no es eclesiástico.
TIBURC. Queremos decir si es de la Guerra.
JUANA. O de Marina...
CELED. O de *Grecia y Justacia.*
PEPA. No, no es de esos. Es ministro del Tribunal de Cuentas.
CELED., TIBURC., JUANA. ¡Ah!
JUANA. Pero, de todas maneras, él es persona muy importante, ¿eh? (*A Pepa.*)
PEPA. Pues ya lo creo. Ha empleado á mucha gente.
TIBURC. Entonces hay que salvarle.
JUANA. Y á su señorita de usted.
PEPA. Pero ¿qué peligro les amenaza?
CELED. Figúrese usted que la mujer de ese señor ministro...
JUANA. Ha venido á mi casa.
TIBURC. Hace un momento.
CELED. A sacarle los ojos á esta señora.
PEPA. En eso no veo peligro para mi señorita.
JUANA. Mil gracias. Pero creyendo que yo era...
TIBURC. Su señorita de usted.
PEPA. ¡Ah!
CELED. Gracias...
PEPA. No hay de qué.

CELED. No; digo... gracias á que la hemos engañado diciéndola que su señorita de usted...

JUANA. Vivía en el trece duplicado.

PEPA. ¡Ah!

CELED. Ahora bien.

TIBURC. ¿Quién viene?

CELED. Nadie. Es que digo: ahora bien, en cuanto llegue al trece duplicado la desengañarán.

JUANA. Y acaso venga aquí.

TIBURC. Y si se encuentra con ellos...

CELED. ¡Pum!

JUANA. ¡Un tiro!

CELED. No; drama seguro.

PEPA. ¡Ay! ¡Cuántas gracias les doy á ustedes! (*Se levanta y todos detrás, menos Tiburcio, que cae al suelo.*)

TIBURC. ¡Ay! ¡ay!

JUANA. ¿Se ha hecho usted daño?

TIBURC. No. (*Se levanta.*) No ha sido nada.

CELED. ¿Se le han clavado á usted los alfileres?

TIBURC. ¡Hombre! Ni que fuera un acerico como usted. (*Todos en el proscenio.*)

CELED. Bueno. Yo creo que convendría que la señora... (*Sin señalar.*)

TIBURC. } JUANA. } ¿Qué señora?

CELED. (*Señalando.*) Esta señora. (*Por Pepa.*)

PEPA. } TIBURC. } JUANA. } ¡Ah!

CELED. Pasase un momento á casa de la señora. (*Sin señalar á nadie.*)

PEPA. } JUANA. } TIBURC. } ¿De qué señora?

CELED. (*Señalando á Juana.*) De esta señora.

TIBURC. } JUANA. } PEPA. } ¿Para qué?

CELED. Para ver si aquel señor senador es el ministro efectivamente.

TIBURC. No; él ha dicho que no.

JUANA. Pero él está algo conjustionado.

CELED. Dirá usted conglomerado... digo, congestionado.

TIBURC. Eso es.

CELED. (*Cogiéndole una mano á Pepa.*) Sin embargo, diga usted, joven, ¿el señor ministro es gordo?

PEPA. Sí... está bien de carnes.

TIBURC.
CELED.
JUANA. } ¿Sopla? (*Acercándose á Pepa.*)

PEPA. (*Sorprendida.*) ¿Cómo, sopla?

CELED. (*A Pepa.*) Sí... ¡puf... puf... puf!...

PEPA. Pero no me escupa usted, caballero.

JUANA. Es que pregunta si el señor ministro...

TIBURC.
JUANA.
CELED. } (*A Pepa.*) ¡Puf... puf... puf!

PEPA. ¡Vamos, esténse ustedes quietos!

JUANA. Queremos decir si el señor ministro sopla de cuando en cuando.

PEPA. Sí; cuando se le ocurre soplar, sopla como todo el mundo.

CELED. De todos modos, bueno será que la señora... (*Sin señalar.*)

TIBURC.
JUANA. } ¿Qué señora?

CELED. (*Por Pepa.*) Esta señora, pase un momento á casa de esta señora. (*Por Juana.*)

TIBURC. Y vea si es él.

PEPA. (*Dirigiéndose hacia la puerta.*) Tiene usté razón.

CELED. Y luego nos volveremos aquí para prevenir á la señora. (*Sin señalar á nadie.*)

TIBURC.
JUANA.
PEPA. } ¿A qué señora?

CELED. (*A Pepa.*) A su señora de usted, cuando vuelva.

JUANA. Y al señor ministro.

CELED. O para rechazar á la otra señora.

PEPA. Pero ¿á qué señora?

JUANA. La señora del ministro.

PEPA. ¡Ya!...

CELED. Pues vámonos, señoras... digo, señores, antes que vengan esas señoras. (*Vanse todos por la puerta que da á la escalera primera derecha.*)

ESCENA VI

SEBASTIÁN *por el foro con la botella de vino.*

Pues señor, se está divinamente en la *dispensa.* ¡Pepa!... (*Entra en el gabinete.*) ¿Dónde se habrá metido esa chica? ¡Pepilla!... (*Sentándose en el sofá.*) Puede que los porteros la *haigan* hecho subir á la *guardilla.* ¡Vaya un sofá! (*Se tumba y bebe.*) ¡Y vaya un vino! (*Campanilla.*) ¡Ah! Ya está aquí. (*Se levanta, guarda la botella en el bolsillo de la chaqueta y sale á la antesala.*)

ESCENA VII

DICHO *y* D. PACO.

SEBAST. (*Abriendo la puerta.*) ¿Eres tú? ¡Ah! (¡El ministro!) (*Se aparta para que entre D. Paco.*)

PACO. (*Entra rápidamente. Viste con elegancia. Sombrero de copa y levita ó gabán corto. No lleva bastón. Es un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, bien conservado, y no debe parecerse á ningún personaje político importante. Carácter muy alegre.*) Buenas tardes.

SEBAST. (*Cerrando la puerta*). Muy buenas, señorito

PACO. (*Entrando en el gabinete cantando.*)

«Rinquitrum
quirrin, quitrin, quitrum.»

(*Múisca de Las doce y media y sereno.*)

SEBAST. (*En la antesala.*) Vamos, viene contento.

PACO. (*En el gabinete.*) Oye, tú... (*Gritando.*)

SEBAST. (*Entra corriendo.*) Voy corriendo.

PACO. ¿Dónde está la Pepa? (*Deja el sombrero en el sofá.*)

SEBAST. Ha salido.

PACO. ¿Y la señorita?

SEBAST. Ha salido también, señorito.

PACO. ¿Qué eres tú? ¿Tapicero, alfombrista?...

SEBAST. Ta... ta... ta... tapicero *pa* servir al señorito. (*Vuelve á la antesala y coloca la escalera en un rincón.*)

PACO. Pues señor, me gusta mucho más esta casa que la otra. Algo más carita me cuesta, pero es más poética y... más. . (*Coge la lámpara que está sobre una silla y la escupidera que está sobre otra.*) Vamos, que si me vieran mis compañeros de Tribunal con una lámpara en una mano y una escupidera en la otra... Pero estos líos rejuvenucen, digo, rejuvenacen, digo... (*Pone la lámpara sobre el entredós y la escupidera al pie. Gritando.*) ¡Oye, tú...!

SEBAST. Allá voy corriendo. (*Entra en el gabinete.*)

PACO. (*Señalando al cuadro que hay colgado á la derecha de la puerta del foro.*) ¿Quién ha sido el bárbaro que ha puesto ese cuadro tan bajo?

SEBAST. No sé, señorito.

PACO. ¿Tienes un martillo?

SEBAST. (*Cogiendo rápidamente el que habrá sobre el entredós.*) Sí, señor.

PACO. (*Cogiéndolo.*) Tráelo. Tú pon esas colgaduras á escape, para que cuando venga la señorita... (*Sebastián coge la cortina que está sobre el sofá y sube lentamente por la escalera que se halla abierta delante de la primera izquierda del gabinete. Paco, con el cuadro y el martillo en las manos, acerca una silla á la pared del foro y se sube sobre ella cantando el duo de Los Tímidos.*)

«Si se diera el caso
de que me mirase
ó de que me hablase
alguna mujer.»

SEBAST. (*Subiendo por la escalera.*) (Pues señor, este ministro es de la escuela de Mesejo.) (*Levanta el bastón donde está colgada la otra cortina.*)

PACO. (*Subido en la silla.*) ¿Puedo clavarlo?

SEBAST. (*Metiendo las anillas en el bastón.*) Pues ya lo creo que puede vuecencia.

PACO. (*Clavando el clavo.*) ¡Hombre! ¿Y quién te ha dicho á ti que yo tengo vuecencia?

SEBAST. (*Sonriendo.*) Pues... pues la Pepa.

PACO. (*Después de colgar el cuadro.*) ¿Qué tal está?

SEBAST. Con dolor de cabeza.

PACO. (*Mirando al cuadro.*) ¿El cuadro?

SEBAST. No, señor, la Pepa; me dirigía á la Pepa.

PACO. (*Dando un par de golpes al clavo.*) Ya, ya me figuro que te dirigirás á la Pepa, porque hay que dirigirse á alguien, ¿eh? (*Sonriéndose.*)

SEBAST. (*Sonriéndose.*) Sí, señor.

PACO. (*Bajándose de la silla, pero sin dejar el martillo.*) (Ya sabe éste también mi lío. Pero á mí ¿qué?) (*Echándose el martillo al hombro y paseándose. Canta. Música de Niña Pancha.*)

«Yo he sido cigarrera
maestra de labores,
y me crié en la calle
tan renombrada de Embajadores»

SEBAST. (*Subido en la escalera.*) (De Hacienda, éste es de Hacienda, como si lo viera.)

PACO. (*Acercándose á la escalera.*) Aguarda, hombre, aguarda. Esas anillas deben ir enlazadas con las otras. (*Deja el martillo sobre el entredós.*)

SEBAST. (*En lo alto de la escalera.*) Eso... como quiera vuecencia...

PACO. (*Al pie de la escalera.*) Basta de vuecencias. Deja caer la cortina y tú enfilas el bastón para que yo... ¡plum! ¿Me comprendes?

SEBAST. Pero si yo lo haré todo, señorito. (*Deja caer la cortina.*)

PACO. (*Subiendo por la escalera con la cortina que le ha dado Sebastián.*) No; si esto me divierte muchísimo. Apunta, apunta bien.

SEBAST. Ya... ya le apunto á usté. (*Con el bastón en la mano.*)

PACO. Espera, espera, que me lo metes por el ojo. ¡Uy!

SEBAST. ¡Ay! Dispense el señorito. (*Campanilla.*)

PACO. (*Subiendo hasta lo alto de la escalera.*) Anda, anda á ver quién es.

SEBAST. (*Bajando de la escalera.*) Voy, voy corriendo. (*Cruza el gabinete.*)

PACO. (*En lo alto de la escalera con las dos cortinas y el bastón.*) ¡Hombre! ¡Cuánto daría por que fuera Juanita y me sorprendiera en esta posición! Ella, que dice que no tengo agilidad... ¿Cómo que no? (*Alzando una pierna y cantando.*) «Caballero de Gracia me llaman...»

ESCENA VIII

SEBASTIÁN *y la* SEÑORA, *con manguito.*

SEBAST. (*En la antesala, abriendo la puerta. Entra la Señora rápidamente.*) ¡Ah!

SEÑORA. (*Rápidamente.*) ¿Vive aquí doña Juanita?

SEBAST. Sí, señora; pero no está.

SEÑORA. Déme usted una silla.

SEBAST. Voy por ella.

SEÑORA. (*Sentándose en el cajón.*) ¡No! Aquí estoy perfectamente.

SEBAST. Pero ¿se va usté á quedar aquí?

SEÑORA. Sí; aquí la espero. Soy... su íntima amiga.

SEBAST. Entonces voy ahí dentro, porque como estamos de mudanza...

SEÑORA. Ya lo sé.

SEBAST. (*Entrando en el gabinete.*) (¡Pero *cuidao* que es flamenca!)

SEÑORA. (*Sentada.*) ¡Tunantes! ¿Conque en el trese duplicado? Grasias á que allí me han dicho... Pues de aquí no me muevo para que cuando entren él ó ella... ¡ay! los hago tajaditas.

ESCENA IX

SEBASTIÁN, PACO *y* LA SEÑORA.

PACO. (*En lo alto de la escalera. Ha colgado una cortina y tiene la otra, la más grande, en la mano. Se halla de espaldas á la antesala.*) ¿Quién era?

SEBAST. (*Subiendo por la escalera.*) Pues la íntima amiga de la señorita.

PACO. (*Muy alegre.*) ¡Ah! Entonces debe ser la Lola. Díle, díle que pase inmediatamente, pero sin decirle que estoy aquí para que se sorprenda.

SEBAST. (*Bajando de la escalera.*) Voy enseguida.

PACO. ¡Hombre! ¡Qué gracia le va á hacer á la Lolilla verme subido en esta escalera! (*En lo alto de la escalera y liándose la cortina que tiene en la mano al brazo izquierdo á modo de muleta. Música de En las astas del toro.*)

«Adelante, caballeros,
pasen todos de rondón,
tipi, tipi, tipitón.»

SEBAST. Pase usté al gabinete, estará usté mejor. (*Desde la puerta.*)

SEÑORA. (*Levantándose.*) Voy.

PACO. (*Cantando.*) «Tipi, tipi, tipitón... tipitón...» (*La Señora entra en el gabinete.*) ¡Ay! ¡Mi mujer! (*Como se hallaba mirando á la puerta que da á la antesala, se vuelve de espaldas rápidamente y al mismo tiempo se tapa con la cortina, quedando envuelto en ella y de espaldas á la Señora. Detrás de ésta entra Sebastián y vuelve á subir á la escalera.*)

SEÑORA. (¡Y pensar que el imbésil de mi marido se gasta el dinero de esta manera! ¡Aaay! Si lo cojo lo descuartiso.) (*Se sienta en el sofá que hay en el centro del proscenio aplastando, el sombrero de Paco.*)

SEBAST. (*A Paco en lo alto de la escalera y en voz baja.*) ¡Qué gracia le va á hacer el ver á vuecencia!

PACO. ¡Muchísima! Chist. (*Se tapa más todavía.*)

SEÑORA. (Voy á sonsacar á ése.) (*Mirando á Sebastián.*) Joven... joven...

SEBAST. ¿Es á mí?

SEÑORA. ¿Puede usted bajar un momento?

SEBAST. (*En la escalera.*) Voy ahora mismo.

SEÑORA. Y el otro también.

PACO. (*A Sebastián en voz baja y muy apurado.*) (Dí que no puedo.)

SEBAST. Este otro no puede.

SEÑORA. ¿Por qué?

PACO. (*A Sebastián en voz baja.*) (Porque estoy baldado.)

SEBAST. Porque está baldado.

SEÑORA. ¡Pobre! ¡Y está trabajando!

SEBAST. Sí, señora. Es una especialidad para las cortinas; pero le cuesta mucho trabajo subir, ¿sabe usté?

PACO. (*A Sebastián en voz baja.*) (Y bajar más.)

SEBAST. Y bajar más... Pero, una vez arriba, échele usté guindas... Quiero decir, échele usté trabajo.

SEÑORA. Vamos, un burro de carga.

SEBAST. Eso es, un burro. (*A Paco.*) (Usté dispense.)

SEÑORA. Bueno; pues baje usted solo. (*Sebastián baja.*)

PACO. (¿Qué le dirá, Dios mío?)

SEÑORA. Tome usted un duro. (*Se lo alarga.*)

SEBAST. No; muchas gracias, señorita.

SEÑORA. ¿Lo toma usted ó me lo guardo?

SEBAST. No; si se ha de incomodar usté en guardarlo, lo guardaré yo. (*Lo coge.*)

SEÑORA. Oiga usted: cuando venga la Juanita no diga usted que estoy aquí. (*Se levanta.*)

SEBAST. Bueno.

SEÑORA. Porque quiero gastarle una broma.

SEBAST. Está bien, señorita.

SEÑORA. Y si viene don Paco... (*Paco hace un ruido como si tuviera hipo.*) ¿Qué es eso?

SEBAST. Ese que tiene un hipo espantoso.

SEÑORA. ¿Por qué no le dan un susto para que se le quite?

SEBAST. Ya, ya se lo han dao; pero como si no. (*Paco repite el hipo.*)

SEÑORA. Bueno; pues si viene don Paco... ¿usted sabe quién es don Paco?

SEBAST. (*Sonriendo.*) Pues... pues el amante de la señorita.

PACO. (¡Atiza!) (*Repite el hipo.*)

SEBAST. (*Sonriendo.*) Yo... lo digo... porque como todos lo sabemos...

SEÑORA. (*Señalando á Paco, que sigue envuelto en la cortina.*) Claro. ¿Y ése también lo sabrá? (*Paco repite el hipo.*)

SEBAST. (*Sonriendo más.*) Pues... ya lo creo que lo sabe.

SEÑORA. Bueno; pues cuando venga don Paco no le digan ustedes tampoco que estoy aquí, porque quiero gastarle otra bromita á don Paco. (*Sebastián se ríe.*)

PACO. (¡Y don Paco aquí baldadito!) (*Campanilla.*)

SEÑORA. Ahora es ella. (*Sebastián va á abrir.*)

PACO. (*Envolviéndose más en la cortina.*) (¡Y ahora va á ser ella!)

SEÑORA. Yo me voy á esconder en ese cuarto. (*Primera izquierda del gabinete.*) No diga usted nada, ¿eh? Y como sea la Juanita... (*A Sebastián.*) ¡verá usted qué risa!

SEBAST. Pues ya lo creo. (*Sale á la antesala lentamente.*)

SEÑORA. (*Avanzando hacia la primera izquierda.*) ¡Los desmenuso! ¡Vaya si los desmenuso! (*Paco repite el hipo.*) Pero ¡cuidado que tiene usted hipo! (*Paco lo repite.*) Parese usted un botijo cuando se llena. (*Vase primera izquierda, pasando por debajo de la escalera.*)

ESCENA X

JUANA, SEBASTIÁN, PACO, CELEDONIO, PEPA *y* TIBURCIO.

SEBAST. (*Abriendo la puerta.*) ¡Ah! (*Entran todos y quedan en la antesala.*)

PEPA. (*A todos.*) El señor es un carpintero. (*Señalando á Sebastián.*)

CELED. (*Con acento dramático.*) ¿No ha venido nadie?

SEBAST. Sí, el señor ministro.

TODOS. ¡Ah! (*Paco, envuelto en la cortina, baja la escalera poco á poco y con muchas precauciones mirando á todos lados. Va á salir por la puerta del foro del gabinete y de pronto asoma la cabeza la Señora. Paco echa á correr y vuelve á subirse á la escalera repitiendo el hipo. La Señora desaparece.*)

TIBURC. ¿Y nadie más?

SEBAST. Sí; una señora que no conozco.

JUANA. ¿De muy mal genio?

SEBAST. No; debe ser muy bromista.

TODOS. ¡Ah!

CELED. ¿Dónde están?

SEBAST. El señor ministro, en la escalera.

TIBURC. No le hemos visto.

SEBAST. No; en una escalera, clavando cortinas.

TODOS. ¡Ah!

JUANA Y ella ¿qué señas tiene?

SEBAST. Ella... guapa... guapa... pero ¡guapa!

CELED. ¿Lleva manguito?

SEBAST. Sí.

TODOS. ¡Ella! ¡ella! (*Con terror. Paco vuelve á bajar de la escalera y se acerca al foro á tiempo que la Señora asoma otra vez la cabeza un momento por la puerta del foro del gabinete. Paco da media vuelta, echa á correr y siempre envuelto en la cortina y repitiendo el hipo vuelve á subirse á la escalera. Ella desaparece.*)

CELED. ¿Se han visto?

SEBAST. Sí.

TODOS. ¡Ay! (*Con terror.*)

SEBAST. Es decir, él la ha visto á ella; pero ella no le ha visto á él.

TIBURC. ¿Por qué?

SEBAST. Porque él está baldado.

CELED. Pero los baldados no son invisibles. (*Paco vuelve á bajar de la escalera.*)

SEBAST. Pero él está baldado en lo alto de la escalera.

JUANA. ¿Y allí no se le ve?

SEBAST. No, porque está embozado en una cortina. (*Paco sale á la antesala envuelto en la cortina y corriendo, porque la Señora se ha asomado un momento por la primera izquierda, por donde él iba á marcharse.*)

TODOS. ¡Ah! (*Gran sorpresa al verle.*)

PACO. ¡Sálvenme ustedes, que está ahí mi mujer!

SEBAST. ¡Era su mujer!

TIBURC. Señor ministro, cuente vuecencia con nosotros.

PACO. ¡Chist!

CELED. Hasta la pared de enfrente.

PACO. Ahí, en la pared de enfrente es donde yo quisiera encontrarme. (*Dándole la cortina á Celedonio.*) ¡Un sombrero!

TIBURC. } CELED. } (*Dándole los suyos.*) Ahí va. (*Paco se pone el de Celedonio.*)

PACO. ¡Abur! (*Hacia la puerta de la calle.*) Y gracias. (*Campanilla.*) ¡Ay! ¡La otra! (*Retrocede.*)

TODOS. ¡La otra! (*Retroceden.*)

PEPA. Métase vuecencia en la *dispensa*.

CELED. Se está muy bien.

PACO. Allá voy.

JUANA. A la despensa, á la despensa.

PACO. Voy, voy. (*Todos hacia el foro.*)

SEBAST. ¡No! (*Todos vuelven al proscenio.*)

TODOS. ¿Por qué?

SEBAST. Porque está su excelencia en una habitación que hay al lado de la *dispensa*.

PACO. ¡Ay!

TIBURC. ¡Ah! Pues al gabinete, al gabinete. (*Entran todos en tropel en el gabinete.*)

PACO. ¡Por Dios, por Dios!... ¡Sálvenme ustedes!

CELED. No hay que apurarse. Túmbese vuecencia... corriendo.

PACO. ¿Dónde me tumbo?

JUANA. (*Empujándole sobre el sofá que hay en el gabinete.*) Aquí, en este sofá. (*Paco se echa.*)

TIBURC. Ahora tapamos á vuecencia con esta cortina. (*Cogen entre dos la cortina ó colcha grande que hay sobre una silla y tapan á Paco apresuradamente.*)

CELED. Muy bien tapadito.
PACO. Pero ¿no me asfixiaré?
TIBURC. No. Hágase un ovillo vuecencia...
PACO. Voy.
JUANA. Encoja un poco las patas vuecencia.
PACO. No puedo más.
CELED. (*Tapándole bien.*) Y puede pasar vuecencia perfectamente por un colchón. (*Campanilla.*)
PACO. (*Debajo de la cortina.*) Gracias.
SEBAST. (*Junto al foro.*) ¡Que viene... que viene! (*Paco repite el hipo.*)
TODOS. ¡Ay! ¡ay! ¡María Santísima!

ESCENA XI

DICHOS *y la* SEÑORA.

SEÑORA. (*Foro del gabinete sin manguito.*) Pero ¿no oyen ustedes que están llamando? (*Al verlos.*) ¡Ah! ¿Ustedes por aquí?
TODOS. (*Al verla.*) Sí... no... no... nosotros por aquí. (*Rodeando el sofá.*)
SEÑORA. ¿Conque me enviaban ustedes al trese duplicado?
CELED. Nos... nos hemos equivocado.
SEÑORA. ¿Y cómo están ustedes aquí?
CELED. Buenos, gracias.
SEÑORA. No pregunto eso.
TIBURC. Pues pregunte vuecencia... lo que quiera.
SEÑORA. Pregunto que ¿cómo han venido ustedes por aquí?
JUANA. Pues hemos...
TIBURC. Hemos...
CELED. Hemos venido á... á dar un paseíto. (*Campanilla.*)
SEÑORA. Pero abran ustedes, que están echando abajo la puerta.
PEPA. / SEBAST. Nosotros iremos. (*Salen á la antesala.*) (*La Señora queda con los demás en el gabinete. De pronto se acerca al sofá y va á sentarse.*)

JUANA. (*Corriendo á impedirlo.*) ¡Por Dios, señora!...
TIBURC. (*Idem.*) ¡Por Dios!
SEÑORA. ¿Qué ocurre?
JUANA. Nada; que no se siente usted aquí...
CELED. Porque hay... loza ordinaria y unos floreritos...
SEÑORA. ¡No está usted mal florero!
CELED. Gracias, excelentísima señora. (*La Señora saca del bolsillo un retrato de fotografía.*)

ESCENA XII

DICHOS *y* ANSELMO.

PEPA. (*En la puerta de la antesala.*) ¿Quién?
ANSEL. (*Dentro.*) Servidor. (*Abre Pepa la puerta y aparece Anselmo, que lleva el sombrero de Celedonio.*) ¿Están aquí esos?
PEPA. / SEBAST. (*Poniéndose los dedos índices en la boca.*) ¡Chist!
ANSEL. Vengo á descambiar mi sombrero.
PEPA. / SEBAST. ¡Chist!
ANSEL. ¡Puf!... puf! (*Avanza hacia el gabinete seguido de Pepa y Sebastián.*)
SEÑORA. Afortunadamente, ya tengo aquí la prueba de su infamia.
JUANA. Pues ya... ya puede vuecencia estar contenta... digo... tranquila. (*Anselmo entra en el gabinete seguido de Pepa y Sebastián.*)
SEÑORA. ¿Quién es ese hombre?
TIBURC. / JUANA. ¡Puf!
SEÑORA. ¿Cómo?
CELED. Un tal Puf... catalán. (*Todos la rodean menos Anselmo, que empieza á buscar su sombrero.*)
SEÑORA. (*Enseñando el retrato á todos.*) Vengan ustedes aquí. ¿Conosen ustedes el original de este retrato?
TODOS. (*Menos Anselmo.*) No... no... no.
JUANA. Debe ser extranjero.

SEÑORA. Pues yo sí le conosco... porque es mi marido.
JUANA. Por muchos años.
SEÑORA. Y lo he encontrado en esa alcoba.
CELED. Por muchos años.
SEÑORA. ¡Animal!
JUANA. Por muchos años.
CELED. Gracias.
SEÑORA. Con esto basta para marcharme y confundirlo.
TIBURC. Hace vuecencia perfectamente.
SEÑORA. Abur. (*Sale á la antesala rápidamente seguida de todos menos Anselmo.*)
JUANA. ¿Quiere vuecencia que la acompañemos hasta su casa?
SEÑORA. No; no nesesito que ustedes me acompañen. Los despresio á ustedes. (*Vase rápidamente por la puerta que da á la calle.*)
CELED. Gracias, señora.
TIBURC. ¡Qué groserita es esta señora! (*Pepa y Sebastián llegan hasta la puerta de la calle, que la señora ha dejado abierta.*) (*Pepa va á cerrarla.*)
SEBAST. Yo me voy.
PEPA. Pues adiós. (*Sale tras él. Mutis los dos. Celedonio, Juana y Tiburcio quedan en la antesala haciendo comentarios en voz baja. Alguno de ellos, mirando hacia la escalera, cuya puerta ha quedado abierta, da á entender, riéndose, que Sebastián abraza á Pepa para despedirse. Los demás miran y se ríen. Durante esta escena mímica Anselmo sigue buscando su sombrero por el gabinete.*)
ANSEL. (*En el gabinete.*) Pero ¿dónde estará mi sombrero? ¡Puf... puf... puf!... (*Se sienta sobre Paco, que sigue cubierto con la cortina.*)
PACO. (*Sin destaparse.*) ¡Ay!
ANSEL. (*Asustado.*) ¿Eh?
PACO. (*Sacando la mano y la cabeza.*) Ha... haga usted el favor... que pesa usted mucho.
ANSEL. (*Levantándose.*) ¡Hombre! ¡Sardineta! ¿Usted, por aquí? (*Le ofrece la mano.*)
PACO. ¡Chist! (*Se levanta del todo, dejando la cortina en el respaldo del sofá.*)

CELED. (*En la antesala.*) Señores... vamos á destapar al ministro.

TIBURC. }
JUANA. } Sí; vamos, no se ahogue. (*Entran corriendo en el gabinete y muy contentos. Pepa entra también en la antesala, cierra la puerta de la calle y después pasa al gabinete.*)

PACO. (*Al verlos*) ¿Se... se marchó ya?

TODOS. (*Muy contentos.*) Sí... sí, señor.

PACO. (*Poniéndose á bailar.*) La... la... la... la...

TODOS. La... la... la... la... (*Bailando también.*)

ANSEL. Pero ¿se han vuelto ustedes locos?

PACO. Señores... dispénsenme ustedes. Todos somos mortales.

CELED. ¡Muy bien dicho!

PACO. Quiero decir... que todos tenemos debilidades.

TIBURC. Pues ya lo creo.

PACO. Y yo... yo tengo relaciones con una joven simpática, que vive en este cuarto.

ANSEL. ¡Ah, tunante!

PACO. Porque tengo corazón como todo el mundo.

JUANA. ¡Muy bien dicho!

PACO. Los hombres somos frágiles.

CELED. Y las mujeres también.

TIBURC. Divinamente dicho.

JUANA. Hasta cierto punto.

PACO. Pero ¿quedamos en que todos somos frágiles?

CELED. Pues ¿no hemos de quedar?

PACO. Ahora bien, la pobre Juanita se me presentó un día sola y desamparada...

TODOS. ¡Pobrecita!

CELED. Me parece verla.

PACO. Naturalmente, le tendí una mano protectora. (*Extiende una mano que todos estrechan.*)

TIBURC. Como hubiéramos hecho todos.

CELED. Yo... hasta las dos manos le hubiera tendido.

PACO. ¡Ay! ¡Qué me hacen ustedes daño!

JUANA. Siga usted, caballero.

PACO. La pobrecita chica estaba separada de su marido...

TIBURC. Un bárbaro... como si lo viera.

PACO. Poco menos. Un maestro de escuela.

CELED. ¿De dónde? (*Con naturalidad.*)

PACO. No sé. Ella se vino á Madrid con uno de esos que van á los pueblos á extinguir la langosta.

CELED. ¡Ay, ay! (*Desmayándose sobre el sofá en el lado de la derecha.*)

JUANA. ¿Se pone usted malo, señor de Balines?

PACO. ¿Qué le sucede á usted, caballero?

ANSEL. ¿Tiene usted por ahí un poco de vinagre?

PEPA. No; como nos estamos mudando...

TIBURC. (*Cogiendo el martillo.*) Si le diéramos unos golpecitos con este martillo...

JUANA. Hombre, no, que le harías daño. (*Campanilla.*)

PEPA. Esta es mi ama.

PACO. ¡Ahora verán ustedes qué chica más mona! (*Salen corriendo á la antesala Pepa y Paco. Juana, Anselmo y Tiburcio quedan en el gabinete haciendo aire á Celedonio, que continúa desmayado.*)

JUANA. ¡Cuidado que se ha quedado feo el pobre señor!

PACO. (*A Pepa, que va á abrir el ventanillo.*) Es Juanita, ¿verdad? (*En voz baja.*)

PEPA. (*Abre y cierra el ventanillo rápidamente.*) ¡Ay! ¡María Santísima!

PACO. ¿Qué?

PEPA. ¡Es otra vez la mujer de vuecencia!

PACO. (*Corriendo hacia el gabinete.*) ¡Ay... ay! ¡Mi mujer! ¡mi mujer! (*Entra en el gabinete, y sin saber lo que hace se dirige á la escalera y comienza á subir por ella.*)

ANSEL. Pero ¿adónde va usted?

PACO. (*Bajando.*) No sé. ¡Mi mujer! ¡mi mujer!

TIBURC. / JUANA. Pues al sofá... al sofá. (*Cogiéndole.*)

PACO. ¡Pero si ya está éste!

ANSEL. No importa. Colóquese usted aquí.

TIBURC. (*A Pepa, que está en la puerta de comunicación.*) No abras todavía. (*Le hacen sentar en el sofá á la izquierda de Celedonio. Él se recuesta sobre el brazo izquierdo del sofá. Celedonio está recostado sobre el derecho.*) *Juana, Tiburcio y*

Anselmo los tapan con la cortina, conservando la forma del sofá.)

PACO. ¡Ay! ¡Que me ahogo!

JUANA. ¡Chist! Quietos en el sofá. (*Campanilla.*)

PEPA. ¿Abro ya?

TIBURC. Sí, pero sin correr... muy despacito.

JUANA. Mientras lo arreglamos del todo. (*Todos ayudan.*)

TIBURC. Eh, ¿qué tal? (*Mirando con complacencia lo que han hecho.*)

ANSEL. Parece un sofá propiamente.

TIBURC. ¿Y si nos sentáramos nosotros como en visita?

JUANA. ⎫ Muy buena idea. (*Se sientan Tiburcio y Anselmo; éste sobre Paco y aquél sobre Celedonio.*)
ANSEL. ⎭

PACO. ¡Ay! ¡ay! (*Pepa llega á la puerta de la calle.*)

TIBURC. ¡Chist! Que estamos en visita. (*Campanilla.*)

ESCENA XIII

DICHOS *y la* SEÑORA.

PEPA. Voy, voy. (*Abre la puerta.*) ¿Qué quería vuecencia?

SEÑORA. (*Entrando.*) Se me ha olvidado el manguito.

PEPA. (*Corriendo hacia el gabinete.*) ¡Ah! El manguito... el manguito de la señora, que se le ha olvidado.

JUANA. Al instante. ¿Dónde estará el manguito?

PEPA. (*Saliendo por el foro.*) Por áqui... por aquí debe estar el manguito. (*Juana va detrás.*)

ANSEL. ⎫ (*Sentados todavía.*) ¡Pronto... el manguito, el manguito! (*La Señora va á entrar en el gabinete y se queda parada en la puerta.*)
TIBURC. ⎭

SEÑORA. Pero ¿parese ó no parese mi manguito?

TIBURC. Ahora... ahora le traerán á vuecencia el manguito.

SEÑORA. ¡Como están ustedes tan sentaditos!...

ANSEL. Estamos... hablando de un asunto muy interesante.

PEPA. (*Saliendo con Juana por la primera izquierda del gabinete con el manguito.*) Aquí está el manguito (*Lo da á Juana.*)

JUANA. Tome usted el manguito. (*Lo da á Anselmo.*)

ANSEL. Ahí va el manguito. (*Lo da á Tiburcio.*)

TIBURC. Ahí tiene usted el manguito. (*Se lo da á la Señora.*)

SEÑORA. Grasias. Queden ustedes con Dios. (*Vase á la calle rápidamente, dejando abierta la puerta. Tiburcio y Anselmo se levantan.*)

TODOS. Buen viaje. Y no vuelvas. (*Salen todos á la antesala.*)

JUANA. Vamos á ver si se ha marchado de veras.

TIBURC. Por si acaso. (*Llegan todos hasta la puerta de la calle, miran hacia la escalera y después cierran.*)

ESCENA ÚLTIMA

TODOS *menos la* SEÑORA.

(*Paco y Celedonio se levantan al mismo tiempo formándose un lío espantoso con la cortina, de la cual no pueden desenredarse en bastante tiempo.*)

PACO. ¡Ay, ay! ¡Que me hace usted daño!

CELED. ¡Que me saca usted un ojo! (*En este momento entran corriendo Juana, Pepa, Tiburcio y Anselmo.*)

TIBURC. Pero, señores, ¿qué lío es éste?

JUANA. Vamos, esténse ustedes quietos un instante.

ANSEL. Para que los desenredemos. (*Comienzan á quitarles la cortina.*)

PACO. Con cuidado, con cuidado, señores.

CELED. ¡Ay! No tirar tanto, que se me llevan las narices. (*En este momento destapan á Celedonio. Paco, tapado todavía y sin saber lo que hace, comienza á subir algunos peldaños de la escalera, hasta que los demás le cogen y lo destapan.*)

JUANA. (*A Paco.*) ¡Eh! ¿Adónde va usted?
TIBURC.
ANSEL.
JUANA.
PEPA. } ¡Gracias á Dios!
CELED. Eso... eso decimos nosotros.
PACO. Señores, no sé cómo pagar á ustedes el favor que me han hecho. Pídanme ustedes lo que quieran.
TIBURC. Pues yo... un ascensillo. Estoy en Correos.
PACO. (*A Celedonio.*) ¿Y usted? ¿No desea nada?
CELED. Pues yo... me contentaría con que me dejara usted ver un momento á doña Juanita.
JUANA. Y nosotros también.
PACO. La verán, la verán ustedes, y verán ustedes qué hermosa.
CELED. Y... ya verán ustedes qué hermosa bofetada le arrimo.
TODOS. ¡Cómo!
CELED. Como que es mi mujer, que se me escapó cuando la langosta.
TODOS. ¡Aaah!
CELED. (*A Paco.*) Y á usted también, si se descuida, le atizo. (*Quiere pegarle.*)
PACO. (*Echando á correr hacia la antesala.*) ¡Hombre! Usted dispense. Yo no sabía nada. (*Todos se interponen para que no le pegue.*)
TIBURC. No; al señor ministro no hay que tocarle... (*Vase Paco á la calle, llevándose un sombrero cualquiera.*)
JUANA. Hasta que nos arrime el ascensito.
CELED. (*Con voz lastimera.*) Y ahora ¿á quién le presento esta magnífica exposición (*Saca el papel*) para que nos den alguna cosita á los pobres maestros de escuela?
JUANA. (*Cogiendo el papel.*) Tráigala usted.

(*Al público.*)

Excelentísmo señor:
como prueba de indulgencia,
un aplauso por favor,
y perdónenos vuecencia
á nosotros y al autor.

FIN DEL JUGUETE

DESPUÉS DEL ESTRENO

Á todas las artistas y á todos los artistos *que han tomado parte en la representación de este juguete, desde la incomparable Balbina Valverde y el graciosísimo Ramón Rosell, hasta el inteligente niño Marianito Fuentes, á todos les envío desde aquí la expresión de mi agradecimiento, por lo maravillosamente que han representado sus respectivos papeles.*

Y no los nombro á todos, porque al escribir el nombre de cada una de ellas me volvería jalea, y al nombrar á cada uno de ellos me desharía en elogios llenos de almíbar, y esto se convertiría en un plato de dulce.

Pero conste que á todos les debo, en gran parte, el éxito que ha obtenido La Ministra.

Constantino Gil.

Diciembre 1892.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Un clavo saca otro clavo. Proverbio original, en un acto y en prosa.

Por buscar el remedio... Juguete cómico, original, en un acto y en verso (1).

Parte diario. Juguete cómico, original, en un acto y en verso.

La llave del paraíso. Jugete cómico, original, en dos actos y en prosa.

¡Todo empieza y todo acaba! Parodia trágico-burlesca en un acto y tres cuadros.

La perla de mi mujer. Juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

El demonio que lo entienda. Juguete cómico, original, en dos actos y en prosa (2).

En la calle de la Pasa. Pasillo cómico, original, en un acto y en verso.

Belén, 13. Juguete cómico, original, en dos actos y en prosa.

Cuestión de gabinete. Juguete cómico, original, en un acto y en verso.

Niña Pancha. Juguete cómico-lírico, original, en un acto y en verso, música de los Sres. Romea y Valverde. (Undécima edición.)

El canario. Juguete cómico-lírico, original, en un acto y en verso, música de los Sres. Romea y Valverde. (Segunda edición.)

Juanita la cacharrera. Boceto de costumbres populares, original, en un acto y en verso.

Los fugitivos. Juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

El vecino de ahí al lado. Juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

El crimen de anoche. Humorada en un acto y en prosa, original.

El teniente cura. Juguete cómico, original, en un acto y en prosa (3). (Tercera edición.)

---

(1) En colaboración con D. Alvaro Romea.
(2) En colaboración con D. José Estremera.
(3) En colaboración con D. Julián Romea.

Los domingueros. Sainete lírico, original, en un acto y en verso, música de los Sres. Romea y Valverde.

¡Ese Buitrago!... Juguete lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.

La segunda tiple. Pasillo en un acto y en prosa, original, música de los Sres. Romea y Valverde.

El portamonedas. Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El primer bailarín. Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Los tortolitos. Zarzuela original, en un acto, en prosa, música del maestro Marqués.

La ministra. Juguete cómico, original, en dos actos y en prosa.

Mis primeros cantos.—Un tomo (agotada).

Aurea, novela.—Un tomo (agotada).

El ratoncito Pérez, ídem —Un tomo (agotada).

¡El fin del mundo! ídem.—Un tomo.

Para usted, picadura literaria.—Un tomo.

Derecho cómico-conyugal. (Quinta edición) Corregida y aumentada con las leyes de Toro.—Un tomo.

Cantos de un mudo. (Cuarta edición.)—Un tomo.

Los postergados. (Tercera edición.)—Un tomo.

El monigote, novela (Segunda edición.)—Un tomo.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, calle de Carretas, 9; de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6; de D. M. Murillo, calle de Alcalá, 7; de D. Manuel Rosado, Esparteros, 11; de Gutenberg, calle del Príncipe, 14; de los Sres. Simón y Compañía, calle de las Infantas, 18, y de los señores Escribano y Echevarría, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.